



Ninguna parte de esta publicación incluido el diseño de la cubierta puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopias sin permiso previo del editor.

Material didáctico complementario de la educación chilena para la enseñanza de castellano en nivel medio por decreto n°85 clase A del 30 de junio de 1985.

Primera edición.1980
Segunda edición .1981
Tercera edición .1981
Cuarta edición .1982
Quinta edición .1983
Sexta edición .1984
Séptima edición .1986
octava edición .1987
novena edición .1987
décima edición .1989
undécima y duodécima edición. 1990
decimotercera edición.1991
decimocuarta edición. 1993
decimoquinta edición.1993
decimosexta edición.1995
decimoséptima edición.1997

JOSE LUIS ROSASCO
EDITORIAL ANDRES BELLO

Av. Ricardo Lyon 946. Santiago de Chile

Inscripción N° 52230

Digitalizado por Piñi Pavez

JOSE LUIS ROSASCO

**DONDE ESTAS,
CONSTANZA...**

Premio de Novela Andrés Bello 1980

"La persona más próxima a mí
eres tú, a la que sin embargo
no veo hace tanto tiempo
más que en sueños."

E. Cardenal

I

LLEGAN A LA CASA DE ENFRENTÉ

Para Santiago el sol nace en la Cordillera de los Andes; su luminosidad invade los ámbitos mucho antes de dejarse ver sobre las montañas. Desde la casa de Alex Corsiglia era posible, en esos años, contemplar la aparición del sol; es que Ñuñoa podía considerarse una comuna aledaña donde los edificios tardarían un par de décadas en empezar a bloquear los amplios espacios. Y los Corsiglia vivían en uno de los sectores más nuevos; en las manzanas de los alrededores se construía distanciadamente una casa aquí, otra mucho más allá, los sitios eriazos abarcaban la mayor parte de las áreas y, hacia el nororiente, la Avenida Pedro de Valdivia no era más que una arteria arbolada desde la cual nacían calles apenas trazadas, a la espera de urbanización.

Ñuñoa era entonces el Barrio Alto y no pocos de sus habitantes se sentían sobradamente orgullosos de residir allí; de manera que la forma en que los Glicker llegaron al vecindario tenía que escandalizar a muchos. No se concebía que una familia decente se mudara en un carretón como aquél. Si bien es cierto que se veía pasar carretelas de feriantes aun en el mismo centro de la ciudad, a nadie que no fuera un despistado provinciano, o un extravagante, o un loco, se le ocurriría mudarse a Ñuñoa en algo que no fuese un camión como Dios manda. Además, la cosa fue estruendosa. La carretela en que llegaron los Glicker ni siquiera disponía de ruedas de goma; las que tenía eran de madera, encintadas con aros metálicos que parecían triturar el pavimento. Y el hecho inverosímil de que los Glicker, la familia entera, vinieran arriba del carretón ya era más que suficiente para suscitar el estupor del más impertérito de los ñuñoínos.

—¡ Miren, miren! —exclamó la pequeña Alicia Corsiglia; encaramada en el sofá se había asomado al ventanal del salón al escuchar el estrépito que llegaba del exterior: —. ¡ Miren! Ahí vienen los arrendatarios de la casa de doña Elvira.

—Echaremos mucho de menos a la Elvirita —dijo la abuela.

—Usted la echará de menos —puntualizó Alicia—; lo que es yo, prefiero cualquier cosa, por ejemplo a estos vecinos nuevos que ahora llegan, ve, vea, vea — la abuela se acercó y lo que divisó le hizo fruncir el ceño, agudizando los surcos que le tramaban, profundos, la frente—. ¡Es una familia con niños! —continuó Alicia— ¡Gente chica, gente chica! ¡Qué bueno, qué bueno, al fin gente chica! Mira, mira, ven a verlos, Alex.

Alex interrumpió su postre; los sábados y domingos había desayuno con postre, era el anzuelo con que la abuela sacaba a Alicia de la cama antes de las diez de la mañana. También Luis, el mayor, se puso de pie allegándose al ventanal.

—¿Será posible? —se interrogó a sí misma la abuela.

Lo era. Se caló los lentes y estudió a los nuevos vecinos que venían en ese abominable carretón de chacarero: un hombre gordo, grandote y muy moreno — "nortino o roteque el tipo", se dijo la abuela—, repantigado en el pescante como en un Cadillac junto al fletero, quien riendas en mano se echaba para atrás con todo el peso de su esmirriado cuerpo —"parecen Laurel y Hardy", estimó Alicia— para frenar a un par de caballos tan famélicos como el amo; una señora rubia entrada en carnes, buenamozona, apaciblemente recostada sobre una cama hecha; un chicuelo colorín, de la edad de Alicia o algo menor, brincando sobre un cerro de almohadas, chalones, tapas y colchones, y, afirmándose del mástil de una antigua lámpara de pie, una curvilínea muchacha de unos quince años, de pantalones y, a horcajadas en un bulto grande. Luis tenía fija la mirada en esa adolescente; no obstante la distancia se apreciaba la sinuosidad de sus curvas y el brillo de su larga cabellera pajiza. —Qué ti-pita la muchacha —opinó la abuela en voz alta. Luis le hizo un guiño a Alex a la vez que alzaba una ceja en señal de admiración. Alex asintió, pero ya su vista era atraída por otra adolescente. En un rincón, entre una hiciera y un ropero, sentada sobre una mesita con cajón o un velador o algo así, venía una chica con un vestido largo de muselina verde, y un abanico que aleteaba cadenciosamente en su mano y detrás del cual se pronunciaba entre aleteo y aleteo, y enmarcada por rizos negros, negrísimos, la carita más blanca y más linda que Alex había visto en su vida. Y como su vida apenas se empinaba sobre los doce, su juicio no podía ser más definitivo y categórico. Esa chica era Constanza Glicker.

—Procede que les demos una manito para bajar las cosas —dijo Luis, y resultó evidente que la rigurosa compostura de la palabra "procede" inhibió a la abuela en sus presumibles objeciones; no le quedó otra alternativa más que decir que sí, que eso era de caballeros.

—Pero tú te quedas aquí —la víctima retenida. Alicia, insinuó un puchero que no llegó a mayores. Ya habría tiempo de sobra para verse con los vecinos, reflexionó con una serenidad un tanto infrecuente en ella.

Alex siguió los pasos de Luis. Atravesaron el patio delantero de la casa y luego, diagonalmente, la vereda y la calle, con una falta de premura intuitivamente falsa y, acaso también, desacelerados por un nerviosismo impreciso pero creciente. Cuando llegaron junto al carretón el enorme señor Glicker acondicionaba a modo de rampla unos tablones de andamio para empezar el desembarque con un piano de media cola; era un misterio cómo habría de llevarse ese piano desde la vereda al interior de la casa, en la eventualidad de que aterrizara sin desarmarse.

—¡ Hola! —dijo el colorín Glicker, dejando de brincar.

—Qué tal, muchachos —dijo el señor Glicker con un vozarrón poderoso.

—A ver, niñas, tú, Rucia, tú, Constanza, vamos, vayan pasando algunos bultos y cosiacas a este par de buenos vecinos. ¡ Todo a la vereda antes de ir entrando! ¡ Primero todo en la vereda para despachar rápido al fletero! Ya, pues, apurándose, no es la primera vez que nos mudamos ¿eh?

—Y seguramente tampoco será la última —opinó la mayor, que obedecía al sobrenombre de Rucia, mientras sonreía a los muchachos desde sus ojazos azules y se disponía a pasarles un bulto mediano.

—¡ Quiero hacer pipí! —exclamó el Colorín.

—Aguarda que te llevo al baño —dijo la señora Glicker. Tenía una voz aguda, bien calibrada, no irritante, que contrastaba con su cuerpo de estructura ósea ancha y de volúmenes abundantes.

—Que se arrime aquí mismo al tronco de cualquier árbol —indicó el señor Glicker, cuyo vozarrón no parecía conocer registros medidos.

—Iré conmigo adentro —determinó la señora Glicker, y agregó—: Hay otras cosas que hacer adentro, abrir ventanas, tantear, probar las llaves del baño y de la cocina, comprobar si funcionan todos los servicios, el gas, la luz, puede ser que algo esté cortado, recuerda que nos demoramos más de un mes en resolver con la propietaria. . .

—Ya, ya —interrumpió el hombronazo—, ¡vayan, vayan! Menos palabras y más acción, a ver tú, Constanza, saca ese velador que me obstruye el paso, así. ah, gracias, muchas gracias, jovencito, éstos sí que son vecinos encachados.

De un salto Alex se había subido al carretón apoyándose en la barandilla, y ya se encontraba junto a Constanza, quien lo miró entonces con un dejo de gratitud condescendiente, como una dama antigua que se ve de súbito socorrida por su galán de capa y espada, liberada de una situación altamente peligrosa. La situación ahí no ofrecía riesgo alguno, salvo el de tener que levantar algunos pesos excesivos pero nunca inevitables, ¡ sin embargo, en el talante de esa jovencita, en su vestido vaporoso, en el manierismo con que agitaba el abanico, en ese sombrero con sombrilla que le coronaba la nuca, en la blancura de su tez realzada por sus impecables rizos negros, en esos ojos suyos, ¿de qué color eran exactamente?, Sí, en todo eso residía un hálito exclusivo, una delicadeza, una fragilidad que para nada se avenían con el rudo traslado de bártulos desde una carretela como aquélla. Alex, todavía arriba del carretón, observó a cada uno de los integrantes de esa familia, y pensó, en solo unos segundos, pensó que ahí, aquí, había unas diferencias, unas contradicciones de veras sorprendentes. No es que estuviese perplejo, pero una cosa y otra y otra se sumaban a la impresión, o acaso no era aún en Alex más que una intuición, de que en esta gente se destacaba por doquier un no amarrar nada con nada, un no calzar esto con aquello: este caballero que los urgía y apremiaba, altisonante y

vulgar, no era, claro estaba que no era un caballero; esta señora hermosa, gruesa y con voz de niñita; la Rucia demasiado maquillada; el Colorín que casi, casi deja la poza en la misma calle, y esta niña Constanza, tan extraña y tan bonita, y Alex no coordinó más allá sus pensamientos porque, mientras cargaba el velador, advirtió que los ojos de Constanza, que le habían parecido al principio de un verde tenue, se tornaban ahora, repentinamente, en un definido azul oscuro. Entonces Alex recordó unos versos de un poema que siempre le había parecido rarísimo:

"Fundaría un país a la orilla de tus ojos cambiantes como el mar..."

II

HAY UN GLICKER QUE NO ES GLICKER

En la tarde de ese mismo día Alicia cruzó a la casa de enfrente; no pudo seguir esperando, la curiosidad le nutría un desasosiego inaguantable. Alicia estaba acostumbrada a entrar en esa casa; doña Elvira era amiga de su abuela y, relativamente, de su madre, de manera que no sentía que ese territorio le fuese del todo extraño o ajeno. Dándole un pequeño empujón a la reja de calle avanzó por la senda de grava hacia el interior; este antejardín era el más grande del vecindario y parecía serlo aun más por la abundancia de arbustos frondosos que obstaculizaban la visión de la casa, inclusive durante los otoños e inviernos porque en su mayoría eran de follaje perenne. Alicia comprobó que la puerta de entrada estaba entreabierta. Se asomó al salón. No había nadie allí. Vaciló unos instantes y luego de sortear muebles y bultos continuó hacia el comedor. Detrás de éste había un amplio ámbito, una especie de galería con ventanales todo a lo largo que se abrían al patio trasero; ahí se encontraban los Glicker improvisando una merienda de alimentos fríos, menos el Colorín, pero Alicia no tardó en verlo: el niño jugaba en Un cerro de arena, al fondo, contra la medianera. Alicia conocía muy bien ese cerro; también era un lugar donde ella solía 'entretenerse. Esas arenas habían quedado allí esperando los sacos de cemento que nunca llegaron para terminar de estucar la casa; constituían un testimonio de la apretada situación financiera de doña Elvira. En realidad, con excepción del salón y del comedor, el resto de las piezas, el escritorio, la cocina y los baños, y en los altos todas las habitaciones, se hallaban en estado de obra gruesa. No obstante, los albañiles habían emboquillado bien los ladrillos y emparejado con pericia la mezcla entre uno y otro, de modo que la cosa no se veía mal y hasta le proporcionaba al ambiente cierto aire de rusticidad, si se tenía la condescendencia de apreciarlo así. Doña Elvira no lo había considerado así; su decisión de arrendar la casa se originaba justamente en su deseo de reunir el dinero necesario para terminarlo todo como debe ser. Además, era verdad que las paredes parecían despedir una humedad malsana, en particular en el segundo piso, en los dormitorios, y, bueno, en las zonas de agua las cañerías estaban a la vista, como asimismo las cajas eléctricas, y en los altos, esto era lo que más la deprimía, no se alcanzaron a colocar los cielos y entonces las vigas, las costaneras y las tejas quedaron al descubierto. No hubo, pues, mejor solución que arrendar por un tiempo, ya que no hay plazo que no se cumpla. No había sido fácil resolverse. Tampoco sería fácil encontrar arrendatarios que de buenas a primeras aceptasen instalarse en una construcción a medio terminar. Pero a través de la amiga de una amiga la señora Elvira dio con la familia Glicker, que no ponía objeciones al asunto. Una familia con apellido alemán, ni caída del cielo; una mujer vieja y sola tiene que cuidarse de que no le pasen gato por liebre, y todo el mundo sabe que los alemanes son tan correctos. Doña Elvira recordaba las incontables veces que en los avisos de *El Mercurio* se requerían familias alemanas para esto y lo otro; no cabían dudas de que eran una garantía de seriedad. ¡Qué suerte la suya! La amiga de su amiga no había sabido decir si los Glicker venían llegando del Sur, pero esto era muy

probable; no son pocas las familias alemanas que resuelven trasladarse a Santiago cuando sus hijos llegan a la edad escolar. La verdad pareció ser que la amiga de su amiga no sabía gran cosa sobre los Glicker, pero siempre quedaba en pie el hecho de que con alemanes se corre el mínimo de riesgo. Doña Elvira se llevó una sorpresa cuando vio al señor Glicker; había oído decir que también se dan alemanes morenotes en una zona llamada Bavaria o Baviera; sin embargo, descartados ya el color de la piel, el cabello y los ojos, el señor Glicker era de frentón más chileno que el mote con huesillos y la única, sí, la única aproximación suya a lo germánico provino del fuerte olor a cerveza que emanaba de su enorme cuerpo. En fin, mejor no pensar demasiado porque ella, la señora, sí que era alemana, y cualquiera sabe que en el fondo siempre son las mujeres las que cuentan, las que valen, las que sacan adelante las cosas. La señora Glicker le dijo que era de Valdivia. Perfecto. Una ciudad más alemana, dónde. Luego doña Elvira supo que la señora Glicker tocaba el piano. Excelente. Se trataba ciertamente de una dama fina, con voz de pajarito y maneras armoniosas. La prole de sus arrendatarios también suscitó no poco asombro en doña Elvira, mas no correspondía prejuzgar.

—¡Hola, hola! —exclamó Constanza, ante la aparición de Alicia—. Adelante, adelante, ¿cómo te llamas?

—Yo vivo al frente —dijo Alicia.

—¿Pero cómo te llamas, linda? —preguntó ahora la señora Glicker, indicándole con una mano que se acercara.

—Calza con el Colorín —interrumpió la Rucia, y llamó—: ¡Coloriín!

El pequeño se hizo presente de sopetón y frenó en seco al verse frente a Alicia; había que andarse con cuidado con las niñas, como no sirven para ningún juego macanudo, si uno les da confianza pronto le meten la lata del juego de las visitas con muñecas y todo, sí, hay que ser muy pacienzudo o mariquita para llevarse bien con las niñas.

—Acércate, hombre —dijo la Rucia, mirando entre el humo de su cigarrillo a su hermanito, que se había puesto tan reflexivo en su silencio, parado ahí con el ceño adusto y sin dar indicios de salir de su curioso trance.

Alicia reparaba para sus adentros en lo extraño que era que una muchacha de esa edad se atreviera a fumar delante de sus padres, y, más todavía, que éstos se lo permitieran como si tal cosa. Por su parte, el Colorín iba a darse la media vuelta para regresar al cerro de arena sin más trámite cuando una idea cruzó por su mente: esa niña era del barrio, podía serle útil en un secreto propósito que lo inquietaba desde su llegada. Se aproximó a ella y forzando una sonrisa la saludó.

—Hola.

—Hola —respondió Alicia.

— invítala a jugar contigo al cerro de arena —sugirió la Rucia— Quieres jugar en un cerro de arena, ¿verdad, linda?

—Sí —dijo Alicia—, me gusta mucho jugar en ese cerro.

—Ah, venias acá antes que nosotros llegáramos, ¿no es así? Pues ahora tienes que seguir viniendo y con mayor razón, porque tendrás aquí un amiguito —dijo la señora Glicker.

Pero el amiguito tenía otra idea para esa instancia, otro proyecto, porque poniéndose en movimiento súbitamente cruzó la galería y, deteniéndose bajo el umbral de la puerta del comedor, llamó a la niña:

—Ven, vamos afuera, ven.

Un matiz muy perentorio en esa vocecita hizo que Alicia lo siguiera sin vacilación. El niño continuó sin mirar atrás, sin comprobar si la niña le había obedecido. Alicia alcanzó a echar una última mirada al grupo familiar y a hacer un gesto de despedida. Afuera, junto a la reja, la esperaba el Colorín.

—Oye —dijo el niño, y se quedó por unos momentos muy pensativo observando a Alicia; le parecía muy satisfactorio ese corte garcon, corte casi de hombre, sí, era posible que esta chica no fuera tan tontorróna como todas las de su edad.

—¿Sí? —inquirió Alicia.

—Dime, ¿están haciendo casas por aquí? ¿Hay construcciones sin terminar en las manzanas por aquí cerca?

—Sí —respondió Alicia.

—Dime dónde, pues, qué esperas.

—Bueno, más allá de la Plaza Sucre, en las dos calles sin salida que dan a la plaza están construyendo.

—Llévame para allá.

—No sé si puedo, tendría que pedir permiso.

—Para qué si no está tan lejos —argumentó el Colorín, sin disimular un indicio de exasperación, pero enseguida se arrepintió: la niña podía asustarse—. Mira, se trata de un secreto, de un secreto entre tú y yo.

—¿Secreto de qué? —quiso saber Alicia.

—Secreto de coleccionar. ¿Tú no coleccionas nada? La niña reflexionó durante unos segundos.

—Bueno, sí, tengo muchas muñecas.

—Qué tontería —dijo el Colorín—. Las muñecas no se pueden ni comparar con las finuras.

—¿Finuras?

—Finuras —asintió el niño— es lo que encontraremos en las construcciones. Te van a gustar, y si no, es porque eres tonta, pero tú no eres tonta ¿no?

—No soy tonta —dijo Alicia—. ¿Pero qué son las finuras?

—Ya verás, las traeremos y las esconderemos en el cerro de arena, ya, vamos.

Alicia caminó junto al Colorín rumbo a la Plaza Sucre. La temperatura, otoñal, descendía notoriamente en las tardes. Alicia hubiese deseado pasar por su casa en busca de un chaleco, pero desechó la idea: ofrecía dos peligros muy grandes, la abuela podría retenerla o el Colorín podría optar por continuar solo y entonces no llegaría a conocer lo que eran aquellas finuras. Por la vereda de enfrente venía un organillero inclinado hacia adelante como a punto de irse de bruces a tierra con su caja de música rejobándose las espaldas.

—Qué lástima —dijo el Colorín señalando al organillero—. Constanza siempre hace entrar a los organilleros para que le toquen canciones, y siempre me compra una pelotita con elástico o una veleta y ella se ve la suerte; se la ve el loro, los organilleros andan con un loro, tú sabes.

—Sí, y algunos con un monito tití; pero, dime, ¿tu hermana hace entrar a los organilleros adentro de la casa?

—Sí, pues, tonta, ¿a dónde sino?

—¡Huv!, mi abuela pondría el grito en el cielo.

—¡ Pondría el grito en el cielo, pondría el grito en el cielo! —la remedó el Colorín—. Hablas como una vieja, esa es una frase de vieja.

—Parece que tú no tuvieras abuelita.

—Tengo una en Valdivia, la mamá de mi mamá, pero no nos quiere porque odia a mi papá, por eso no nos quiere, siempre que nos ve nos dice: "Sandoval es un roto, Sandoval es un roto".

—¿Quién es ese Sandoval? —preguntó Alicia, que ya no entendía el curso de la conversación.

—Es mi papá, Sandoval es el apellido de mi papá.

—¿Cómo? —dijo Alicia—. Si ustedes son Glicker, doña Elvira lo dijo.

—Mi mamá es Glicker, pero mi papá es Sandoval.

—Entonces tú eres, primero, Sandoval, no seas tonto, ves, yo soy Corsiglia, porque ése es el apellido de mi papá.

—Ah, eso es porque tu papá se casó con tu mamá.

—¿Y los tuyos no?

— No. ¿Para qué? ¿Para que nos llamemos Sandoval? Yo prefiero Mamarme Glicker, Glicker es más bonito, ¿no lo encuentras?

Alicia asintió.

—Además —agregó el Colorín— Glicker en alemán, pero con "u" con puntitos en vez de "i", quiere decir felicidad, mi abuela me lo dijo; en cambio Sandoval no quiere decir ni huevo.

—Mira —indicó Alicia, aliviada de salir del tema—, aquí hay una casa en construcción.

—Bien, está bien, ahora veremos si encontramos finuras.

III

EN EL RIALTO

En Ñuñoa había un cine ubicado en la Avenida Pedro de Valdivia casi esquina con Irarrázaval. El Rialto. El Rialto era diariamente concurrido por los jóvenes del sector, gran parte de los cuales sustituían la asistencia a clases asumiendo la relativamente riesgosa calidad de espectadores durante el horario escolar. La eventualidad del riesgo provenía de los estados ya más ya menos persecutorios de los inspectores de los colegios de la zona, los que solían aparecerse como súbitos cazadores durante los intermedios. El Rialto era rotativo, exhibía tres películas por día y las renovaba todos los días, de manera que en una semana corrida se pasaban veintiuna películas, derivándose de este exceso el que entre los individuos de mayor cultura cinematográfica del mundo se cuente un apreciable número de ñuñoínos. Y, en realidad, se exhibían todavía más películas semanalmente, porque los viernes llamados "populares" se pasaban cinco películas en vez de tres. Había cosas curiosísimas en el Rialto. Más allá de su frontis, presidido por un par de columnas que competían en declive con la Torre de Pisa, y cuyo estilo era vagaroso, venía un reducido *foyer* flanqueado por una minúscula dulcería, a la derecha, y por los baños, a la izquierda. El concesionario de la dulcería era un viejo permanentemente a medio filo, que hedía. Se necesitaba tener un don estómago para recibir de sus grasientas manos los camotes aplastados o los pegajosos alfajores, únicos dos productos que constituían la entera variedad de la dulcería, y que el hombre entregaba en cucuruchos de papel de diario. El baño de varones estaba separado del de las damas por un de cartón piedra muy rico en orificios fugazmente tapados con chicles o pelotitas de papel. De estos baños salían emanaciones pestilenciales a las que, en la sala, se sumaba el humo de los cigarrillos; existía una prohibición terminante respecto de fumar en la sala, pero la muchachada era a su vez rigurosamente rebelde en esta materia. Por fortuna, unas corrientes de aire que se filtraban por resquicios y fisuras impredecibles aireaban al Rialto en la justa medida como para que los espectadores sobrevivieran el transcurso de las películas sin sufrir ataques de sofocación. Además, no dejaba de tener su atractivo matiz onírico el contemplar la oscura sala salpicada de luciérnagas. El Rialto tenía una platea baja y una alta, esta última configuraba una verdadera "u" suspendida y le otorgaba al dintorno del cine un sesgo señorial por su similitud con un palco extendido. Parecía que el Rialto había sido en sus orígenes proyectado para la presentación de números vivos, y que en ese entonces las butacas se encontraban dispuestas en media luna; de otra manera no era posible explicarse la existencia de una media docena de columnas que ahora se alzaban medio a medio en las naves laterales, interrumpiendo la visión de los espectadores a quienes les tocaba tenerlas inmediatamente por delante, los que, claro está, sólo tributando una feroz tortícolis lograban ver algo del telón. Resulta muy difícil de entender que los acomodadores del Rialto, a pesar de ser un par de sujetos muy atrabiliarios, guiasen a algunos espectadores hasta esas butacas casi ciegas. Pero, en fin, este mal no era el mayor. La cosa brava acontecía durante los viernes populares, oportunidades en que se dejaba caer una gama de vándalos presumiblemente venidos de otros sectores de la ciudad. Esos rufianescos malandrines intercalaban, voz en cuello, toda clase de pullas soeces. Incitaban, por ejemplo, a Gary Cooper para que

se violase a la cándida Joan Fontaine justamente en los momentos de más celeste romanticismo del filme. Pero ese tipo de cosas era, con todo, lo de menos, ya que los malulos también expelían escupitajos al aire, y luego lanzaban tomates y hasta peñascos. Sin embargo, los ñuñoínos eran temerarios y no se amilanaban ante las brutalidades de aquellos afuerinos. Se armaban entonces desordenados encuentros pugilísticos en los corredores, hasta que los acomodadores lograban la pacificación o hasta que el administrador prendía las luces, interrumpía la proyección y amenazaba con llamar a la fuerza pública.

Hay que admitir que los ñuñoínos también tenían sus propios personajes escandalosos. La hija del almacenero don Giovanni era uno de estos personajes. El negocio de don Giovanni quedaba a una cuadra de la casa de los Corsiglia. La hija de don Giovanni se llamaba Paola, pero le decían la Pupa y en el hecho nadie se acordaba ya de su verdadero nombre. Era una muchacha de unos dieciocho o diecinueve años, dueña del par de senos más hemisféricos de varios kilómetros a la redonda. La Pupa se pasaba casi todo el día en el almacén, inclinada sobre el mesón apoyando sus descomunales pechugas sobre sus brazos entrecruzados. La cabellera de alas de cuervo le caía sobre los hombros. Desde sus ojos negros y hueros miraba a los jóvenes con un desenfado lúbrico. Se contaban de ella toda suerte de aventuras pecaminosas, las que compartía con el jardinero de la plaza, el lechero, el gasfiter, el mozo del coronel, el cartero, el zapatero, en fin, con ese tipo de mocetones con los que, en realidad, se la veía frecuentemente entablar conversaciones. En un principio, don Giovanni había querido que su hija estudiara y se desarrollara como las demás señoritas del barrio; la señora Corsiglia, que trabajaba en el Ministerio de Educación; le había conseguido matrícula en un colegio al que no era fácil ingresar. La Pupa no duró allí más de un par de años. Las compañeras la aislaron por su aspecto, por la agresividad que emanaba de su temprana sensualidad. La Pupa no hizo nada por cambiar ni por congeniar, al contrario, reaccionó con adustez, acrecentó a conciencia las características resistidas, hasta que llegó el momento en que no soportó más el verse rodeada de aquellas muchachas criticonas y gazmoñas que la eludían y degradaban sin disimulo. Se salió del colegio a mitad de año. Se salió del colegio para siempre y se fue entregando sin freno a la identificación con esa imagen que tantos malos ratos le había proporcionado. Con el correr del tiempo ya no demostró ninguna amargura, ni siquiera cuando los muchachos del barrio pasaban por las afueras del almacén y le cantaban:

"Tengo una vaca lechera, no es una vaca
cualquiera, me da leche macanuda, ¡ ay, qué
Pupa tan tetuda, tilín, tolón!"

La Pupa no se perdía los viernes populares del Rialto. Durante los intermedios, que solían ser muy duraderos, y mientras los parlantes chirriaban unas añejeces de músicaailable, la Pupa se paseaba por el pasillo central. Sus contorneadas caminatas despertaban la inquietud de los muchachos que la veían pasar una y otra vez: los afuerinos, más audaces, le dedicaban piropos matizados con groserías. Cuando sobrevenía la oscuridad, la Pupa se sentaba en un lugar que jamás era el mismo donde se encontraría al volver a prenderse las luces. Se decía que la Pupa dejaba que la tocaran un poco, que era permisiva hasta unos límites que nadie llegó nunca a precisar, pero

que la imaginación sí los presumía sobradamente. Y que era por eso, porque eludía ciertas exploraciones, que se iba trasladando de butaca en butaca. La verdad es que parecía no haber quien diera testimonio confiable sobre la materia de esas murmuraciones, tal vez porque al poco de apagarse las luces surgía la competencia de Ingrid Bergman, Jane Russell, Maureen O'Hara, Ivonne de Cario y tantas otras, y entonces la atención de los muchachos se centraba en los territorios de la fantasía, lejos, muy lejos del punto en que estaba la Pupa sumida en la oscuridad.

Esa tarde, la Pupa no había ido sola a la popular de los viernes. Y Luis Corsiglia, que era un buen alumno, se daba de vez en cuando la licencia de una cimarra en el Rialto. Luis se sentó al extremo de una huera, junto al pasillo. Las luces se encendieron y desde el tocadiscos Pedro Vargas empezó "Júrame". Luis vio que la Pupa avanzaba hacia el *foyer* acompañada de la Rucia Glicker. La Rucia lo reconoció de inmediato y se detuvo, sujetando de un brazo a la Pupa, que no parecía muy gustosa con ese encuentro.

—Hola, buen vecino —saludó la Rucia, y señalando a su compañera le preguntó—: ¿No la conoces? También es vecina nuestra, es del almacén de la esquina.

—Claro que la conozco —afirmó Luis.

—¡Vaya si no seré tonta! —exclamó la Rucia—. si ustedes deben ser vecinos desde qué sé yo cuánto tiempo, y yo que estoy por aquí recién llegada casi los presento a ustedes, que son de seguro antiguos amigos.

—No somos amigos —aclaró la Pupa.

La Rucia Glicker se desconcertó un tanto ante la perceptible tirantez que parecía emanar de esos ¿os vecinos. En esos instantes se les aproximó un joven moreno y alto, con chaqueta de cuero y una máquina fotográfica de proporciones, de modelo profesional.

—i Qué bueno que llegaste!, Danny —dijo la Rucia besando al muchacho en la mejilla con desenvuelta familiaridad. Enseguida lo presentó a la Pupa y a Luis—: *Es* mi primo Danny Sandoval. es *el* primo más bueno y fiel que hay en el mundo, nos sigue dondequiera que estemos, ¿o será que me persigue a mí? ¿Verdad, Danny?

Danny asintió mientras Luis advertía que ese joven que ahora le daba un fuerte apretón de mano, como si estuviera muy complacido de conocerle, tenía mucho del tipo del señor Glicker.

—Busquemos cuatro butacas desocupadas, antes que se termine el intermedio —propuso Danny.

—¡Claro que sí! —exclamó la Rucia, y agregó—: Yo quiero un chocolate, ¿quién será el galante que me lo compre?

—Aquí no venden chocolates —dijo la Pupa, y le informó a la Rucia sobre las limitaciones de la dulcería. La Rucia estalló en una larga carcajada. Todo parecía alegrarla sobremanera.

—Camote, camote, me encantan los camotes.

—Yo voy a comprar —decidió Luis. Mientras salía sintió un raro alivio. Al rato regresó con un paquete grande de camotes. Avanzó por el pasillo y escuchó su nombre. La Rucia lo llamaba desde una hilera donde habían encontrado cuatro butacas desocupadas. Le reservaban un puesto entre la Pupa y la Rucia. También Danny quedó al lado de la Rucia.

En cuanto Luis se sentó se apagaron las luces. Luis acercó el paquete a la Rucia para ofrecerle primero a ella un camote.

—Oh, perdona, parece que te tomé un dedo —dijo la Rucia.

—No importa —balbuceó Luis.

—¿De veras que no?

En esos momentos apareció el nombre de Boris Karloff en el reparto.

—Uy, uy —dijo la Rucia—, me muero de miedo, por favor, tómenme de la mano.

Luis acogió la mano que le ofrecía la Rucia y vio que ese primo Danny hacía por su parte lo mismo.

IV

ANTES DEL CAMINO

Todas las mañanas Alex pasaba a buscar a su amigo Jaime Pino, para continuar juntos al colegio que quedaba a dos cuadras de la Plaza Pedro de Valdivia. Esa mañana Alex tenía unas ganas incontrolables de hablar con su amigo. Conversarían en el trayecto y luego durante los recreos y también aprovecharían parte de las horas de gimnasia. El padre Delay, que era el profesor jefe del curso de Alex y Jaime, tenía una afición desmedida por los deportes y solía decirles que eran un par de jóvenes aviejados, que se lo pasaban chachareando en vez de integrarse a los juegos y competencias. El padre Delay había traído el baseball desde su país de origen y sus esfuerzos por introducirlo entre los muchachos no prosperaban gran cosa. La mayoría lo rechazaba al no encontrar razones valederas para sustituir el fútbol por un deporte de trama tan complicada como tediosa, donde la pelota adquiriría un extraño sentido fugitivo y volátil. Como el colegio carecía de canchas propias después de su ampliación, las clases de gimnasia se hacían en un estadio particular, un Country Club muy cercano, al que llegaban los alumnos por su cuenta. Pero no todos llegaban. Algunos se perdían muy voluntariamente en aquella caminata, desviándose por un callejón o escondiéndose en la arboleda que anteceda al estadio. No eran pocos los que encendieron por ahí por primera vez un pito; esto indignaba al padre Delay, quien consideraba que con ello se cometía una contradicción aberrante. A su indignación se agregaba el estupor que le producía descubrir, aquí y allá entre las ramitas de pino y las hojas de eucaliptus que tapizaban el área del bosquecillo, las colillas y paquetes vacíos de esa marca detestable que todos los viciosos parecían preferir: Jockey Club. El padre Delay solía fumar muy secretamente por las noches un par de pitillos importados y no podía dejar de reflexionar que, bueno, si había de caerse en el vicio debiera por lo menos buscarse un tabaco que no fuese exactamente caca de caballo. Mas, la cosa no presentaba visos de tener remedio. El Jockey Club tenía a los muchachos fanatizados. Qué lástima, se decía el padre Delay, dada la atávica indisciplina de estos pollos chilenos y como si fuera poco fumar durante la clase de gimnasia, todavía hay algunos que se van a encerrar a ese rotativo apestoso, con lo cual el daño se duplica.

Alex y Jaime tenían siempre muchas cosas que contarse, muchos temas que analizar; aunque, pensaba Alex de vez en cuando, las cosas propiamente tales le ocurrían a Jaime, y a él como que le tocaba no más analizar. Sí. Ahora mismo", ahí estaba en la mismísima casa de su amigo esa primita suya recién llegada del Norte, de Ovalle, Graciela Pino, quien, según Jaime, se le metía en la cama por un ratito por ahí por la medianoche, cuando todos dormían en casa. Alex no tenía ni una primita así, ¡vaya uno a saberlo!, mas lo que él sí sabía era que en su cama jamás se le había ni recostado por un segundo ninguna prima. Graciela era hija de un juez, hermano del papá de Jaime, cuyo nombramiento en Santiago debía producirse de un momento a otro; mientras tal momento llegaba, los mayores habían convenido en el inmediato traslado de Graciela para que así no tuviera que cambiarse de colegio durante el primer semestre del año escolar. Sin embargo, las

hermanas de Jaime dejaban caer, al sesgo, sus dudas en cuanto a que ésa fuese en realidad la razón del arribo adelantado de Graciela a Santiago. Murmuraban sobre un escándalo impreciso en el que se habrían visto envueltos la prima y un joven procurador judicial, casado, cuya mujer no se había quedado corta en exteriorizar su concepto sobre la propiedad privada del cónyuge, ya que al menos el uso del suyo le estaba siendo arrebatado por la joven hija del juez. También se decía, y esto ella no sólo no lo negaba sino que más bien lo propalaba, que el día en que se embarcó en el bus hacia Santiago, quedaron varios muchachos llorando desconsoladamente en el terminal. Semejante cuadro ¡e parecía a Alex en exceso teatral, fuera de que los llantos son palmaria cosa de maricones. Resultaba explicable y hasta obvio que a las hermanas de Jaime no les cayera bien la prima Graciela; era una trigueña de picaros ojos de avellana, labios carnosos y cuerpo grácil y torneado; además se gastaba su don desplante que haría que los muchachos que visitaban a las Pino empezaran a concentrar sus atenciones en ella en desmedro de las dueñas de casa. Si bien los antecedentes de Graciela, aquellos rumores y su manera más suelta de ser, hacían verosímil la posibilidad de que se le metiera a Jaime en la cama por un ratita, Alex no se alianaba a aceptar así no más que eso fuera cierto. Pero a la vez pensaba que podía haber algo de verdad en ello, al fin y al cabo era sólo un ratito y, bueno, había que admitir que Jaime tenía un gancho envidiable. Las muchachas no podían dejar de encontrarle parecido a Tyrone Power: ojazos verdes, pelo retinto, tez blanca, nariz muy bien proporcionada, boca de labios firmes que al sonreír exhibía un par de hileras parejitas. Nada que ver, pensaba Alex, con su propia dentadura, sus paletas demasiado grandes e insinuadas hacia adelante, y sus colmillos encaramados; claro que él tenía mejor porte, sobrepasaba a su amigo por más de cinco centímetros, y sus ojos eran aun más verdes y su pelo de un castaño casi rubio. Sí, no en vano hasta principios del año pasado Alex y Jaime habían proyectado muy seriamente abandonar el colegio, la familia, el país, todo, e irse a Hollywood a toparse con la fama. No había razón sobre la tierra para que no ¡es fuera bien a ellos si el descubrimiento de los latinos hacía triunfar por ejemplo a Fernando Lamas, que cualquiera se daba cuenta que era un feo, e inclusive al mismo Ricardo Montalbán que, sin tener la pinta de ordinario del otro, no era gran cosa, por no hablar de Rossano Brazzi, que era lisa y llanamente un tacuaco amanerado.

Pero en el curso de aquel año se había venido desarrollando una transformación en Alex y Jaime, un progresivo reconocimiento de realidades que se ensamblaban con fugaces alumbramientos, con inquietudes desconocidas, con apremios vagarosos, deseos radicales, interrogantes y súbitos entusiasmos seguidos de repetidas caídas del espíritu en pozos mudos, todo lo cual había dado al traste con muchos sueños, no obstante insinuarse ahora otra suerte de sueños. Más acá del desasosiego que Se producía la revelación de la mujer que habitaba en las muchachas, que sólo hasta ayer no eran más que seres entre distantes y distintos, ocupaba un lugar preponderante en el nuevo estado una serie de cosas más o menos disímiles: algunas lecturas, ciertos profesores, y, en el caso de Alex, la influencia de una tía, el tío César, hermano mayor de su padre. Los recuerdos que Alex conservaba de su padre eran muchos y, en apariencia, parejamente irrelevantes. El señor Corsiglia había sufrido un accidente fatal cuando Alex tenía nueve años, dejando tras de sí una imagen más bien estática, acaso porque era parco de palabras y porque se desplazaba sin nacerse notar; sí, de su carácter introvertido no surgían instancias luminosas. Los muchachos no tenían

motivos para dudarlo: la relación entre sus padres había sido excepcionalmente armónica, eso podían apreciarlo; pero transcurrirían muchos años antes de que Alex y Luis evaluaran en profundidad los beneficios de haber sido criados en una atmósfera presidida originalmente por la serenidad cadenciosa de un padre como aquel, cuya presencia se prolongaba en tantos testimonios: una biblioteca nutrida, una madre entera, la casa ñuñoína, todo un modo de vivir.

El tío César, a diferencia de su difunto hermano, había llevado y mantenía una vida en la que no despuntaba un solo matiz de la mentalidad burguesa. Había sido marino en su temprana juventud, justamente hasta el advenimiento del llamado motín de la marinería, que puso en jaque a los altos mandos de la Armada y cuya sofocación requirió del bombardeo simulado del *Latorre*; al tío César sólo su minoría de edad lo salvó del fusilamiento. Alex y Luis no se cansaban de escucharle relatar su intervención en la toma del *Latorre* y las no menos tensas incidencias del juicio posterior. Una vez liberado se convirtió en un vago itinerante por todo el territorio nacional, hasta recalar en Santiago como reportero del diario *La Hora*. A través del periodismo se fue acercando un buen tanto a la política, de tal modo que durante la segunda administración de los radicales llegó a ejercer un cargo de esos que suministraban jubilaciones reajustables. El caso es que a partir de entonces, el tío César, apenas en la cuarentena, no le trabajó nunca más un peso a nadie y se dedicó por entero a una bohemia culta y picarona. Le gustaban las mujeres y éstas gustaban de él, de su delgada y alta figura, de sus chispeantes ojos celestes, de su pequeño departamento céntrico donde podía faltar el aire pero jamás el buen trago y algo que echarse a la boca, y, claro está, las conversaciones que cambiaban el mundo. A pesar de las diferencias con su hermano, el tío César era siempre recibido con cariño en la casa ñuñoína. Y esta realidad no varió después de la muerte del señor Corsiglia, debiendo para ello vencerse la resistencia de la abuela, para quien el tío César no era más que un calavera del que no correspondía esperar ninguna influencia positiva para los jóvenes Corsiglia. Pero la señora Corsiglia no cejó en su apoyo al extravagante cuñado; la abuela se encerraba en su habitación, y todos lo recibían con muestras de alegría y afecto, y también le atendían a la acompañante de turno cuando se dejaba caer con alguna de sus conquistas.

La señora Corsiglia estaba convencida de que la presencia del tío César no era perjudicial para sus hijos; por el contrario, estimaba que en un ambiente hogareño marcado por una abuela decimonónica y por una madre viuda eran necesarios los aires y las voces que éste traía del mundo exterior. Aunque Alex era menos comunicativo que Luis, su relación con el tío César era más viva, y empezaba ahora a tener visos de apertura hacia territorios muy personales e íntimos. Solían pasarse una tarde entera jugando al ajedrez y estas partidas tenían un doble atractivo, una doble función, ya que durante los enfrentamientos se iniciaban algunas conversaciones que para Alex eran verdaderamente sobre cosas de hombres. Y lo importante era que en esas oportunidades el tío César no hablaba de las mujeres, como acostumbraba hacerlo entre los demás, de manera rimbombante y festiva, sino que sabía aterrizar en lo serio y, lo que para Alex tenía aun mayor significación, podía entonces entrarse en los temas con la seguridad que daba el trato, sí, eso era, el trato entre cómplices.

—¿Y qué es de la famosa Pupa? —preguntaba el tío César.

—Ahí está, sigue en el almacén.

—¡ Hombre, hombre! —el tío se echaba para atrás—. No te pregunto si sigue ahí, vamos, cuéntame, en qué pasos anda ahora, hace quince días era con. . . ¿con quién era? ¿El gasfiter o el carnicero?

—Parece que está más tranquila, se hizo amiga de una de las Glicker; las Glicker son las niñas que llegaron al frente, a la casa de doña Elvira.

—Glicker, Glicker, eso suena alemán. Han de ser rubiecitas estas nuevas vecinas y muy bonitas ¿eh?

—Oh, sí, sí, muy bonitas.

—A ver, Alex, mírame a los ojos, vaya, vaya, te gusta una ¿verdad?

—Sí, tío, me gusta la menor, tiene el pelo negro, muy negro, y la piel blanca, muy blanca, pero no es eso en ella lo que... cómo decirle. . .

—Lo inquietante, quieres decir,

—Sí, esa palabra podría ser.

—Y dime, parece que nadie antes te había producido este efecto tan inquietante. Si es así, querría decir que te estás enamorando por primera vez.

—Pues a primera vista nadie me había gustado antes así. Usted se acuerda de la hija del farmacéutico, y de la hermana menor de Jaime Pino, yo le conté, me gustaron un tiempo, pero era distinto, me gustaba la cara o el cuerpo o las dos cosas, pero ahora como que hay algo más.

—Y no le has dicho nada a ella.

—No, me atrevo.

—No todavía, querrás decir.

—Es que apenas la he visto un par de veces.

—Entonces es amor a primera vista, muchacho.

—¿Existe eso? Suena como una tontería. Pensándolo bien, suena como una tontería.

—Es que estamos hablando de algo en que el pensamiento puede tener harto poco que ver.

—¿En el amor a primera vista?

—Bueno, sí, por supuesto también en el de primera vista.

—A usted le toca jugar, tío.

—Aja, veo que me tienes acorralado, pero, vamos, dime, ¿qué has planificado para acorralar a la vecinita?

—Ya le dije, no me atrevo, no me atrevo a declararme.

—¿Declararte? ¿Se usa todavía la declaración?

—¿Y cómo si no va a saberse si gustan de uno? Yo no soy de los lanzados, tío, se lo confieso, no me atrevo.

—Mira, hombre, tú sabes que ella te gusta, puede estar ocurriéndole lo mismo a ella.

—Es que las mujeres no hablan, son distintas.

—¡Vaya si lo son! Pero no en lo que te imaginas. Te hago una apuesta.

—¿De qué?

—Tómale la mano a esa chiquilla.

—¿En qué momento, cuándo...?

—Tú vas a saber cuándo muy pronto.

—¿Y si no resulta?

—Eso no va a ocurrir.

—¿Cómo está tan seguro, tío?

—Jamás he perdido una apuesta que no sea de dinero, muchacho, de manera que no puedes ir más a la segura.

V

DOS CONVERSACIONES

—Estoy leyendo "El Lobo de Mar" —dijo Jaime Pino y extrajo el libro del bolsillo. Alex siguió caminando sin demostrar ningún interés en el asunto.

—¿No me escuchaste?

—Lo leí el año pasado —dijo Alex—. No es de los mejores de Jack London.

—Es que hay algo aquí que me preocupa —agrego Jaime—. Es primera vez que me ocurre algo así.

Alex guardó silencio. No deseaba comentar el libro. Quería contarle a su amigo sobre la llegada de las Glicker, es decir, de Constanza, y también de los ánimos que le había dado el tío César. Quería saber si Jaime opinaba igual, si reforzaba las consideraciones del tío. Eso le ayudaría mucho, le inyectaría fuerzas para tomar decisiones y no convertirse en un admirador bobalicón, como le había ocurrido otras veces. Sí, ya era tiempo de actuar, y, seguramente, como Jaime era más audaz, opinaría que no se corría un gran riesgo al tomarle la mano a Constanza sin mayores trámites.

—Escucha, Alex, hay algo que voy a leerte, es algo que tiene que ver con Dios, con la religión, con creer y no creer.

—Entonces léeselo al cura Delay —sugirió Alex, sin disimular su exasperación.

—Quizás después lo haga, después de todo cualquiera sabe lo que un cura va a decirte sobre Dios. Ahora me interesa tu opinión, tú lees mucho más que yo, y más que nadie que yo conozca de nuestra edad, y siempre te has interesado por este tipo de cosas.

—Bueno, Jaime, lee, pero rápido, mira que hay algo que tengo que contarte antes que llegemos al colegio.

—Te acordarás de que el Capitán Larsen secuestra al... jovencito, digamos, aunque no parece muy jovencito por lo debilucho y poco, poco héroe.

—Sí, sí, me acuerdo de eso.

—Y recuerdas que el Capitán Larsen era ateo.

—Claro que sí.

—Claro que lo era. No creía en la inmortalidad y para probarle al jovencito la poca fuerza de su posición de fe, lo agarra del cuello y, espera —Jaime empezó a leer del libro—: "Si yo te cogiera así de la garganta y comenzara a oprimir, así, así, tu instinto de inmortalidad no se dejaría ver y tu instinto de vida que ansia vivir se agitaría, y tú lucharías por librarte, ¿eh? Veo en tus ojos el horror a la muerte. Mueves los brazos en el aire, empleas tus escasas fuerzas para luchar por la vida. Me aprietas el brazo con la mano, siento como si una mariposa se hubiese posado en él, se levanta tu pecho, sacas la lengua, la piel se te vuelve cárdena y la mirada es vacilante. ¡Vivir, vivir, vivir!, estás gritando, y pides vivir aquí y ahora, no en el porvenir. Dudas de tu inmortalidad, ¿eh?" —Jaime terminó de leer y miró a Alex fijamente—. ¿Qué te parece? —preguntó.

—Te diré que no me impresiona, para este tipo de temas prefiero a Hesse, en "Demián", y si ese trozo te ha afectado, mejor que no leas a Hesse porque ahí sí que terminarás ateo sin vuelta.

—Pero, Alex, ¿no encuentras extraño que queramos vivir tanto, si más allá está...?

—No si hay cosas por las cuales vivir —interrumpió Alex.

—No creo que ésa sea una respuesta muy cristiana

—¿Por qué no? ¿El amor es cristiano, o no?

—Ah, ta, ta, ta, ya sé lo que te pasa, sí, si te noté raro desde que me pasaste a buscar, te enamoraste, Alex, te enamoraste de verdad, vamos, dilo.

—Sí.

—Vamos, dale.

—Conocí a una chiquilla que realmente. . .

—¿La preferirías a la Jane Russell? Alex clavó su mirada en Jaime con inevitable desagrado.

—Sí —dijo.

—¿Aun si la Jane Russell se te metiera en la cama como lo hace en "El Proscrito"?

Después de esa pregunta Alex estuvo a punto de cruzar a la vereda de enfrente; con esto de mencionar mujeres que sé le meten a alguien en la cama, Jaime estaba haciendo notar la superioridad de su autodeclarada experiencia con su prima de una manera burda, si, esa era una forma muy grosera de acoger sus confidencias. El no habría procedido así en una situación similar. Parecía que no iba a ser posible lograr mucho de su amigo esa mañana.

—Me gustaría conocerla, hombre —dijo entonces Jaime.

Eso ya estaba mejor. Podrían integrar un grupo formidable, un don cuarteto, Jaime con Graciela y él con Constanza. ¡ Qué maravilla! Cruzaban la Plaza Pedro de Valdivia y una brisa ligera acentuaba la percepción del aroma de los pinos. Los surtidores de la pileta central expelían sus chorros a gran altura, y los rayos del sol despuntando sobre la Cordillera parecían concentrarse en ellos tornándolos resplandecientes.

—Hay una fiesta en la casa de mi niña —dijo Alex, y al pronunciar "mi" sintió como si dentro de él hubiera también surtidores resplandecientes. Jaime no reparó en el término posesivo, tenía dificultades para devolver el libro a su bolsillo, pero al poco lo consiguió.

"Tú y Graciela pueden vertir, yo le avisaré a Luis que ustedes también vendrán.

—¿Luis? ¿Qué tiene que ver tu hermano con esa fiesta? No me gustan las reuniones, en que hay hombres mayores que uno, siempre terminan por quitarle a uno las chiquillas y si no molestan, tú sabes que a las chiquillas les da por hacerse las agrandadas y siempre prefieren a los más viejos, te lo digo porque lo sé, no en vano tengo un par de hermanas.

—Luis anda detrás de la hermana de mi niña, es ella, la hermana, quien lo invitó.

—¿Cómo es esto? Entonces a ti nadie te ha invitado y te atreves a llevar más gente. Vamos, ¿cómo es la cosa, Alex?

—La cosa es que tenemos que ir.

—A mí no me gusta ser paracaidista, pero con tal de conocer a tu chiquilla, ¿cómo es que se llama?, creo que iré, iremos con Graciela.

—Constanza.

—¿Qué?

—Mi niña se llama Constanza, me lo acabas de preguntar.

—Ah, sí, seguro, Constanza, nombre antiguo, no de vieja, entiendes, sólo antiguo, y, bueno, ¿qué tal es?

—Tiene los ojos... —entonces Alex recordó que los ojos de Constanza cambiaban de color—. Tiene ojos y el pelo negro.

—¿Cómo es eso?, ¿Los ojos son también negros?

—No, el pelo, y no me preguntes más, ya la conocerás.

—Oye, ¿qué te pasa?

—Es relinda.

—Vaya que estás, cómo te diré, pero, contéstame: ¿Prefieres a tu Constanza antes que a Dios?

—Ah, hombre, dale otra vez con el temita, son cosas distintas.

—Pero es un dilema que se les presenta seguramente a los curas.

—Nosotros no somos curas.

—Aun así, cuando el Capitán Larsen...

—Ya, deja eso —lo cortó Alex—. Eh hoy nos toca gimnasia; podríamos escondernos en el bosquecillo y seguir conversando de las chiquillas.

—¿Trajiste cigarrillos?

Alex sacó una cajetilla de Jockey Club y la guardó de inmediato. Entraban al colegio.

—De lo que se traía —puntualizó la abuela— es de que ya son dos las personas que han venido a acusar a Alicia y al granujilla de enfrente, dos de las que se han dado cuenta, vaya una a saber cuántas más habrá en las mismas condiciones.

—Yo hablaré con ella, mamá —dijo la señora Corsiglia—. No se preocupe. A ver, Luis, Alex, ¿dónde está Alicia? Vayan a buscarla, díganle que venga inmediatamente.

Alex y Luis se miraron de reojo. Alex subió una ceja en señal de alerta. Lo que fuera que hubiese hecho Alicia, lo había hecho en compañía del Colorín Glicker y entonces la pista se ponía pesada; la abuela no estaba perdiendo ninguna oportunidad últimamente para apuntar contra la casa de enfrente.

—Ya, pues, niños, ¿qué esperan? Vayan a buscar a Alicia —apremió la abuela, y, luego, al verlos partir, se volvió hacia su hija—: Te digo que esa gente, los Glicker, no son buena gente, y no se trata de un mero palpito. . .

—¡Ay mamá, usted y sus palpitos!

—Te digo que no es puro palpito. Piden todo fiado en el almacén de don Giovanni.

—Pero, mamá, pagarán a fines de mes o a principios del próximo, mucha gente lo hace así.

—Ya veremos, ya veremos eso, y a propósito de don Giovanni, te diré que reciben a la vampiresa del almacén, la reciben dentro de la casa, me lo contó el gásfiter, quien por supuesto está celoso, y también me dijo..., ¿me estás escuchando?

—Sí, mamá.

—Entonces no pongas esa cara; también me dijo que el tal señor Glicker es borracho y de los de damajuanas de pipeño. No ignorarás que el pipeño es vino de roteques y, escúchame, saca los vinos fiados de la botillería. Es como mucho, ¿no te parece? Pase sacar fiado de un almacén, pero de ahí a quedar debiendo en las botillerías hay mucho trecho, el preciso trecho de la ordinariéz y, ¿a dónde vas?

—A ninguna parte, mamá, no más me estoy acomodando en el sillón.

—Además, ¿en qué trabaja ese hombrote de Glicker? Nadie lo sabe. Desde que llegaron se le ve anclado en la casa, y cuando llega a salir lo hace a horas que no son propiamente laborales, y cuando regresa viene de lado a lado por la vereda.

—No podemos meternos en...

—Podemos y debemos meternos en todo lo que se relacione con los niños y con las amistades que hacen.

—Luis y Alex ya no son niños, mamá.

—Mira, no sé si te habrás dado cuenta de que las muchachas esas no van a ningún colegio. ¿Cómo te va pareciendo? El ocio es el peor consejero, cualquiera lo sabe.-

—Bueno, recién llegaron al barrio, tal vez vivían antes muy lejos y no sabían a dónde irían a cambiarse, y como estamos a principios del año escolar es presumible que estén justamente afrontando el lío de las matrículas, la cosa no es fácil.

—Pues yo creo que el lío anda por otro lado, querida. Los líos, diré más bien: Alicia haciendo pilatunadas con e! granujita, no te das cuenta de que se ha puesto callejera, la niña no era así. Y Luis, no te esperes que llegue con las buenas notas a que nos tiene acostumbradas, se lo pasa pendiente de la rucia pintarrajeada, y a Alex algo le pasa con la otra, con esa que parece que no quiebra un huevo, y quién no sabe que ésas son las peores.

En ese momento entró Alicia con sus hermanos.

—Ven, querida, siéntate aquí a mi lado—la invitó la señora Corsiglia—. Así, eso es. Ahora, hija, hablemos de esto de las baldosas y de los azulejos que con tu amiguito de enfrente estás sacando de las casas en construcción.

—Ah, las finuras.

—¿Cómo dices, querida?

—Las llamamos finuras, y las coleccionamos. Es como un tesoro, mamá, son muy lindas y siempre estamos descubriendo otras más y más lindas, y las enterramos detrás del cerro de arena.

—¿No te parece que ya han sacado suficiente cantidad?

—Bueno, no, mamá, tú no sabes, siempre hay otras distintas, son descubrimientos de tesoros.

—Pues a los dueños de esos materiales les parece que ya es hora de detener estos descubrimientos, y eso es justamente lo que va a ocurrir, de modo que tú y tu amiguito van a tener que entretenerse con otras cosas. ¿Esta claro?

—Pero, mamá —gimió Alicia—, si yo no juego a las finuras él no va a querer jugar conmigo a nunca más.

—No te amargues, chicoca —intercedió Luis—. Yo hablaré con la mamá del Colorín, porque él tampoco podrá seguir con lo de las baldosas después de estas reclamaciones.

—Eso es peor —dijo Alicia con desesperación.

—Esa señora —opinó la abuela— no parece tener el debido ascendiente sobre sus hijos,

—¿Qué dice? —pregunto Alicia.

—Digo que en esa casa todo anda a tontas y a locas. En cuanto vea a la Elvirita. . .

—Mamá —advirtió la señora Corsiglia—, no nos corresponde cometer intrusidades respecto de cosas de las que no estamos seguras.

—Tú no lo estarás.

—-Bien, cariño —la señora Corsiglia acarició a su hija—, puedes invitar a tu amigo a jugar contigo aquí en tu casa.

—Los niños hombres no juegan con muñecas, mamá.

—Pero las niñas sí, y tú eres una niña.

VI

EN LA FIESTA

El canto de la señora Glicker se escuchaba desde afuera.

Alex se lamentó para sus adentros; era mala suerte llegar justo entonces, ya que, sí, no era en absoluto considerado interrumpir cualquiera interpretación. Pero no se atrevería a pedirles a Jaime y a Graciela que esperaran un poco. Abrió la puerta de calle con lentitud. La voz aguda de la señora Glicker imbuía una tensa carga emotiva al aria de Carmina Burana:

"In trutina mentis dubia

fluctuant contraria

lascivus amor et pudicitia.

Sed eligo quod videam

collum iugo prebeo;

ad iugum tamen suave transeo,

.....

Dulcissime...

totam tibi subdo me!"

—Vaya fiestecita a la que nos trajiste —dijo Jaime—, ¡ hay una vieja ahí adentro que parece que está cantando una misa!

—Cállate, por favor —le pidió Alex. Acababa de ver con alivio que la puerta de entrada al salón se encontraba abierta, lo cual hacía afortunadamente innecesario ponerse a golpear. En ese mismo momento Constanza aparecía bajo el umbral.

—Oye —dijo Jaime, ahora en voz baja—, ¿por qué no nos dijiste que la cosa era con disfraces?

La tenida de Constanza merecía el comentario. La muchacha se había puesto un vestido largo, hasta los tobillos, blanco, de una tela similar a la gasa, de ruedo amplísimo y arrepujado en la cintura, en los antebrazos y en las proximidades del cuello; esto último y una capelina transparente sobre su cabecita le otorgaban al conjunto de su figura un franco parecido a algunas ilustraciones de Coré representando doncellas de cuentos infantiles.

—No es de disfraces —informó Alex—, ¡ ella se viste casi siempre así!

Algo en la inflexión con que Alex pronunció *ella* hizo que Jaime comprendiera que estaba ante la muchacha de quien su amigo le había hablado.

—Es un vestido raro, pero muy, muy bonito —dijo Graciela, y agregó—: Claro que hay que tener pechugas para usar cosas así.

—No la encuentro tan pechugona —opinó Jaime. —No me refiero a eso, tonto —aclaró Graciela—. Quiero decir que se necesita personalidad.

—Ya lo creo que sí —asintió Jaime.

Alex se distrajo fugazmente de su nerviosismo presentando a sus amigos. Constanza los saludó con cordialidad distante y los invitó a pasar. Alex sintió en su interior el inicio de un amargo desasosiego; le hubiera gustado que Constanza se hubiese demostrado siquiera un poco más gentil con él, siquiera levemente afectuosa, dedicándole al menos un gesto o unas palabras que lo distinguieran de sus acompañantes.

La señora Glicker, sentada al piano, continuó con su aria al verlos entrar, pero junto con esbozar una sonrisa los saludó con un movimiento de cabeza, a la vez que con la mano les indicó que avanzaran. Más allá de los ventanales de la galería Alex divisó al señor Glicker aliñando un asado a la parrilla; dos hombres tan corpulentos como el dueño de casa observaban la operación con sendos vasos de vino en sus manos, mientras dos mujeres gruesas y de edad madura, presumiblemente las esposas de los grandulones, preparaban ensaladas. El Colorín iba de un lado a otro. Los sillones del salón y las sillas del comedor se encontraban ubicados de un modo que pretendía hacer un solo ambiente de los dos ámbitos, o, en realidad, de los tres, ya que la mampara del escritorio se abría de par en par en solución de continuidad. En el sofá la Rucia Glicker, con Luis a un lado y su primo Danny Sandoval al otro, simulaba escuchar con exagerada atención a la señora Glicker. En el comedor la Pupa y el gásfiter picaban de un plato con aceitunas. Alex pensó que había sido un error convidar a Jaime y a Graciela; Luis pudo habérselo anticipado, ésta no era una fiesta para ellos, para los jóvenes, no, era una reunión de gente mayor. Esos amigotes del señor Glicker ahí afuera en el patio empinando el codo daban la tónica de lo que podría ser la velada. De repente hizo su entrada la hija del farmacéutico, Janet. Era una muchacha de temperamento alegre y, además, bonita; visitaba la casa de los Corsiglia desde su niñez y había gustado a Alex tiempo atrás cuando todo era todavía muy impreciso. También era muy amiga de las hermanas de Jaime. Su presencia aligeró la situación que a Alex le estaba resultando agudamente refractaria. De pronto la señora Glicker terminó su interpretación, Al escuchar los aplausos que le dedicaron los jóvenes, el señor Glicker se asomó desde el exterior.

—¡ Bravo, bravo! —exclamó—. Ahora, qué tal si rasgamos un poco las cuerdas de la guitarra.

—Primero veamos cómo está ese asado —dijo la señora Glicker.

—Oh, no, le falta todavía —informó uno de los hombres, que era el padre de Danny.

—A mí me gusta la carne medio cruda —opinó la señora Glicker.

—Claro, como buena alemana —acotó el señor Glicker, e invitó a todos a acercarse a la parrilla, a trasladarse al patio, donde había iluminación suficiente —ya oscurecía— y bancas de madera y silletas de lona donde sentarse. El Otoño no se insinuaba esa tarde de modo franco; no hacía calor ni frío a la intemperie. Los concurrentes siguieron la indicación del señor Glicker, mientras su señora empezaba a hincarle el cuchillo cocinero al asado. La señora Glicker se veía muy atrayente con su vestido rosado, del mismo color de su piel, cuyo amplio escote dejaba al descubierto el henchido nacimiento de sus pechos: también exhibía desnuda parte de la espalda. Era una mujer ciertamente gruesa, pero su cuello largo, el cabello recogido sobre la nuca, y una liviandad de maneras, entre elegante y sofisticada, impresionaban de tal modo que prevalecían sobre las anchuras de su físico.

Distantes de Alex se ubicaron la Rucia, Luis y Danny La Pupa y el gásfiter se sentaron en una misma banca con el tercer gigantón y su mujer. La Pupa se mostraba muy compuesta, llevaba unas pulcras trenzas brillantes que le caían sobre el busto notoriamente más cubierto que el de la señora Glicker. El gásfiter luchaba contra su timidez y aceptaba que el señor Glicker le rellenara el vaso hasta el tope con una frecuencia que hacía pensar que no duraría sobrio por mucho rato. Jaime, Graciela y Janet acentuaron la impresión de sentirse en corral ajeno al aproximarse lo más posible a Alex. Hubo un largo momento de silencio sólo interrumpido por una especie de cuchicheo que la Rucia mantenía con su par de admiradores. Luego el señor Glicker inició una conversación con su primo, el padre de Danny; hablaban a borbotones y Alex entendió que el señor Glicker le estaba cobrando sentimientos al hombre por algo relacionado con una pilastra. La palabra pilastra se mencionaba una y otra vez y Alex no lograba deducir su significado. Lo único que quedaba más o menos en claro era que el primo no le prestaba la pilastra al señor Glicker, lo cual, repetía éste, lo estaba dañando seriamente en "la cosa de las platas". Por su parte el primo Sandoval se defendía con evasivas humorísticas, no pocas de grueso calibre, de lenguaje frontalmente soez, de todo lo cual se infería que la pilastra era suya, que él también la necesitaba y que, bueno, había que tener paciencia, que él no se la estaba negando, sino que por el momento no podía prestarla. Agregó también que la última vez el señor Glicker no había atendido bien la pilastra. Esto indignó al señor Glicker, quien levantó el tono de su voz a niveles atronantes para proferir una serie de palabrotas que suscitaron la inmediata intervención de la señora Glicker.

—Basta, querido —dijo, con una suavidad que resultó instantáneamente sedante para el acalorado señor Glicker, quien, arencándose a su mujer, la abrazó diciendo—: Cierto, querida, cierto. —Y volviéndose hacia su primo y alzando el vaso—: Ya pues, compadre, échele tinto y dejemos ¡a pelea para otro día, que hoy día mi mujer está de cumpleaños y no vamos a embromarle la fiesta, ¿no?

La palabra cumpleaños rompió el hielo para todos; se pusieron de pie y batiendo las palmas avivaron a la señora Glicker, acercándosele, para terminar abrazándola. Alex fue uno de los últimos en felicitarla. La señora Glicker lo retuvo unos segundos.

—Me alegro tanto que hayas venido con tus amigos

—le dijo—; hazme ahora el favor de ir a buscar a Constanza, arriba —le indicó— en su habitación, sube no más, y dile que el asado está listo.

Había tres, dormitorios arriba, Alex se asomó al que Constanza compartía con el Colorín. En esa habitación abundaban los juguetes; se veían también muchos libros, dos estantes de gran altura llenos de libros. Constanza se encontraba sentada en un baúl junto a una ventana desde la cual, a esa hora entre la tarde y el anochecer, se divisaban tenuemente iluminados los techos de tejas de arcilla y los árboles, los plátanos orientales, los castaños, las moreras, los ciruelos y. aquí y allá, airándose sobre los follajes circundantes, los rebeldes penachos de algunas palmeras. La habitación no recibía en esos momentos más luz que la que le llegaba del exterior, a la que se sumaba sin aporte de mayor significación una lamparita ubicada sobre el velador que separaba la cama de Constanza de la del Colorín.

—Tu mamá dice que bajas, que está listo el asado.

—Pasa, Alex —invitó Constanza.

—Hay muchos libros aquí —comentó Alex—, ¿ Eres tú la lectora de la casa?

—Sí, yo y mamá,

—A mí también me gusta mucho leer.

—Qué bueno —dijo Constanza.

La muchacha se acercó y quedaron mirándose a los ojos por unos instantes que se iban haciendo muy perceptibles.

—Tú sabes que tus ojos cambian de color —dijo Alex.

—Claro que lo sé.

—Están azules ahora.

—Si tú lo dices.

—Bueno, no hay mucha luz aquí.

—Acércate más, así. Dime, ¿te gustan más azules que verdes?

—Me gustan tus ojos como quiera que los tengas, y me gusta tu pelo, tus rizos negros y... —Alex se sorprendió de estar diciendo lo que decía, se asombró con esas palabras que salían de su boca como si alguien, sin previa consulta ni reflexión, súbita y espontáneamente, las hubiera urdido allí—, y me gusta tu voz ronquita, y el color tan blanco de tu piel, y tus vestidos y... —Constanza alzó una mano y la posó sobre los labios de Alex, suavemente, rozándolos apenas.

—Gracias —le dijo, y entonces se le aproximó aún más y lo besó en la mejilla. Alex pensó que los latidos de su corazón se expandían por todo el entorno, que ella de seguro los escuchaba. El rostro de la muchacha estaba frente al suyo, tan cerca, que también de seguro percibía el acelerado ritmo de su respiración.

—Eres de mi misma altura—dijo Alex, y se avergonzó al punto porque su propia voz le pareció jadeante y, bueno, ese comentario sobre la altura era una estupidez del porte de un buque, un desperdicio de la situación.

—Ando con tacos muy altos ahora —explicó, y cogiéndole de una mano lo guió hasta la escalera. Alex recordó a su tío César. He sido un tonto, se dijo, mientras bajaban por los peldaños, debí haberla besado, no, estuvo bien que no la besara, se contradijo, no he sido un tonto porque ya sé que podré, sé que me atreveré, sí que podré; le habría gustado ponerse a gritar: "¡podré, podré, podré!", pero, claro, eso sería una locura.

Abajo, los demás se movilizaban hacia la parrilla para escoger los trozos de carne y acercarse enseguida a una mesa de tablones sobre la cual había varias fuentes de ensaladas diversas, y regresar así a sus bancas con los platos llenos. Constanza sirvió el suyo a Alex, mientras Graciela hacía lo propio con el de Jaime. Los muchachos se miraron guiñándose con satisfacción. Las conversaciones se animaron, incluso la voz del gásfiter emergía cíe vez en cuando entre las demás.

—¿Sabes una cosa?—le dijo Jaime a Alex—. El asunto no se presenta tan mal aquí. Salud. Hay un tocadiscos ahí en el escritorio, y Janet está dispuesta a traer sus discos si acaso tienen puras latas aquí.

—No creo que sea necesario —opinó Alex—. ¡ La Rucia debe tener música moderna! "Es extraño", pensó luego Alex, "es extraño que no se me haya pasado por la mentí que fuera Constanza la que tuviera esa clase de música". Aunque no, no había nada de extraño en eso. ¿Qué le estaba ocurriendo? Tanta contradicción en tan poco rato. Constanza. Eso era. Lo distinta que ella era. Las cosas no se daban normalmente en ella. Más allá de que sus ojos cambiaran de color, había muchas cosas diferentes, raras, sí, por ejemplo. . . sí, tenía y no tenía una curiosa vitalidad, una fuerza atractiva en su falta de fuerza, en la blancura al borde de lo enfermizo de su tez, y en su voz que era ronca pero a la vez y a pesar de ello sonaba

melodiosamente con algo de suspiro, y sus cabellos tan negros, y esto le había llamado la atención a Alex desde la primera vez que la viera, adquirían al verse en largos rizos una sustancialidad levísima, casi una insustancialidad, y los labios de ese rosado absolutamente rosado, que morían en las comisuras después de declinar el trazo como salidos de un pincel guiado por una mano alada, poseían sin embargo una carnosidad gruesa, una insinuación vigorosa, y, bueno, su entera figura, con hálito de fabulación por los matices de extravagancia de sus vestidos, y por sus movimientos entre cadenciosos y cansados, entre ligeramente sofisticados y sensuales. . .

—¡ Despierta, hombre! —Era Jaime quien le hablaba—. Oye, ¿qué te parece si nos trasladamos para adentro, al comedor o al salón, para ir haciendo grupo aparte de los viejos?

— No hay tantos viejos.

—Es cierto —aceptó Jaime—, pero el señor Glicker está anunciando que cantará con guitarra el "Ay, Ay, Ay", y eso significa que después va a seguir con el "Río, Río", y después nadie le despintará "La Tranquera" y de ahí a los vejestorios ya no los para nadie con sus añejeces.

—¿Qué dice? —preguntó Constanza, y Alex ya iba a contestar cuando Jaime se le adelantó:

—Que podríamos ir al salón y buscar algunos discos.

—Y bailar —agregó Graciela—. ¿Tienen de Elvis Presley?

—Sí, sí hay —respondió Constanza sin mayor entusiasmo.

—Parece que no te gusta Presley —dijo Graciela.

—Me gustan sus baladas —contestó Constanza.

—Ay, para eso yo prefiero un tango —opinó Graciela.

—¿Cómo? ¿Para eso qué? —Constanza la miró sin comprender.

—Para bailar bien abrazados, apretaditos, pues.

La Rucia Glicker, que se había acercado al mesón a dejar su plato, escuchó la conversación y estuvo de inmediato de acuerdo en trasladarse adentro. Janet sugirió que el señor Glicker podría ofenderse si los veía retirarse del patio justamente cuando él comenzaba a cantar, pero la Rucia Glicker no acogió la objeción.

—No te preocupes —dijo—, papá canta para escucharse a sí mismo y con el vozarrón que saca lo oiremos aun cuando pongamos los discos a todo volumen. Vamos.

La Rucia se turnaba; Luis y el primo Danny demostraban ser un par de pretendientes muy tolerantes. Graciela y Jaime se mecían dando unos pasitos lentos que nada tenían que ver con el ritmo de los discos de Elvis Presley que la Rucia Glicker había escogido. A Alex le invadía una y otra vez una timidez tensa. No se animaba a sacar a bailar a Constanza; después de escucharle aquello de sus preferencias por las baladas, esperaba inútilmente que a la Rucia se le hubiese pasado una entre el montón de sincopados. La miró de reojo. ¡Qué terrible! Era presumible que la muchacha se aburría. Le conversaría algo, le preguntaría cualquier cosa.

—Constanza, cuéntame, ¿Qué es una pilastra? Constanza se sonrió.

— Es un local en el mercado, un lugar de venta, mi tío tiene uno y lo comparte con papá, a veces lo comparten.

—¿Y qué venden?

—Carnes y creo que también pollos, nunca he estado allí y, bueno, ya escuchaste la discusión, ahora hace tiempo que mi papá no entra en el negocio. Es siempre así —agregó con un tono de voz en el que se combinaban el desagrado y la tristeza. Después de esa respuesta Alex se sintió aun más cohibido; a lo mejor había incurrido en una imprudencia.

—¿Te gusta bailar? ¿Quieres bailar? —preguntó Alex de súbito.

—Me gusta, sí, pero aquí no —contestó Constanza. Alex no podía saber adónde quería llegar ella con esa respuesta, pero iba a salir muy pronto de dudas

"Hay un lugar al que me gustaría ir.

—¿Sí?

—Se llama "La Châtelaine". Tiene algo de castillo con cuadros y mesas con candelabros.

—¿Has estado ahí?

—No, pero una tarde me asomé por un ventanal y me gustó mucho.

Alex asintió. Todos los días, al pasar por la Plaza Pedro de Valdivia rumbo al colegio, veía ese restaurante cerrado, y sabía que Luis y sus amigos iban allí a bailar y que también algunos mayores cenaban en el lugar con sus parejas.

—Podemos ir el sábado —dijo Alex muy reanimado y pensando que el tío César los visitaría el viernes; a él le pediría dinero, no sabía cuánto, pero de seguro saldría más caro que una invitación a un buen cine, mucho más, ya que procedería como hombre experimentado y eso significaba pedir combinados con alcohol, sí, no eran pocos los que en el colegio hablaban de "La Châtelaine" y de lo fáciles que se tornaban las chiquillas para bailar apretado con ellas, con sus traguitos en el cuerpo, y a media luz y rodeados de parejas con experiencia en esas cosas, claro, cualquiera se contagia.

—Gracias —dijo Constanza—. ¡Qué bueno eres conmigo. —Y agregó—: Voy a llevar un libro.

—¿Qué?

—Que voy a llevar un libro el sábado, a "La Châtelaine".

—Ah, ya —asintió Alex. Vaya qué idea esa. Otra rareza de Constanza. O andaba una peste por ahí, porque recién no más Jaime con "El lobo de mar" y ahora Constanza, vaya uno a saber.

—Es para leerte un trozo pequeñísimo no más —aclaró ella, al advertir en el muchacho un gesto de reticencia inicial que éste no alcanzó a disimular. Alex estuvo a punto de decirle que por qué no leían ese trozo ahora mismo, pero se frenó, eso podría echar por tierra la salida a "La Châtelaine". Sintió deseos de ir al baño. Al ponerse de pie vio que la Rucia Glicker besaba fugazmente a Danny en la boca. Miró a Luis. No se había percatado, conversaba con Janet. Jaime y Graciela parecían estar en otro mundo. La Pupa entraba en esos momentos seguida del gáster; cuando empezaron a bailar el gáster trastabilló y luego no seguía el ritmo, saltaba de una manera atrabiliaria.

—¡Oh, estás borracho! —exclamó la Pupa. Lo empujó hacia un sillón sobre el cual cayó el hombre como un saco y, allí, empezó a reírse, a lanzar una carcajada tras otra. Eran incontenibles borbotones de risa.

"¡Cállate, cállate por favor! —le pidió la Pupa.

—Déjalo —dijo la Rucia—, ¿no ves que está contento? Alex sintió vergüenza ajena, vergüenza por Constanza, y quiso aliviarla de lo que le parecía tan embarazoso.

— ¡Qué divertido! —dijo—; lo están pasando bien.

—No es divertido —objetó Constanza—; siempre es así siempre pasa algo así o mucho peor en estas reuniones, no me gustan, nunca me han gustado y no me gustarán jamás. —Cuando terminó de hablar se levantó—: Voy a subir a mi pieza —le dijo a Alex— y no sé si vuelva a bajar; en todo caso estoy muy contenta porque vamos a ir a "La Châtelaine".

Alex se quedó todavía un rato en el salón. Después se asomó al patio. El señor Glicker estaba cantando "Como el clavel del aire... " Se apoyaba en el mesón y también en la señora Glicker, que lo contemplaba con un arrobo que a Alex le pareció increíble.

VII

LA SEÑORA CORSIGLIA REFLEXIONA

Eran las seis de la tarde y la señora Corsiglia se encontraba en el salón de la casa, reclinada en el sofá. Se había tomado un café cargado al llegar del Ministerio; se había venido más temprano que de costumbre de su oficina porque la invadía un agudo cansancio, una tensión fatigante. Desde el principio de esa semana experimentaba la sensación de estar acercándose a un punto límite, en que sus nervios requerirían alguna suerte de apuntalamiento. No se trataba, esto lo sabía muy bien, de un cansancio susceptible de ser superado con reposo o distracciones. La señora Corsiglia conocía su temperamento y dominaba su carácter de índole armoniosa. Désele la muerte de su marido ella no ignoró que llegarían períodos en que las cosas le resultarían difíciles, y tuvo siempre conciencia de que la entrada de sus hijos en la pubertad sería uno de esos tramos con instancias arduas. No eran pocas las veces en que alguna compañera de oficina le preguntara por qué nunca pensó en volver a casarse. La señora Corsiglia no era una mujer bonita, pero a los treinta y ocho años su figura se mantenía esbelta, sus ojos grises y rasgados comunicaban alegría, y en las comisuras de sus labios delgados llevaba levemente impresa la facilidad de la sonrisa; su rostro tenía además ese atractivo que da la entereza de alma. No era un misterio en la oficina que durante los últimos años tuvo que resistir dos o tres proposiciones muy serias. Su formación y los recuerdos la parapetaban y la inhibían, su matrimonio seguía gravitando en el cauce de su viudez; sus hijos y la casa adquirieron las connotaciones de un plácido cerco para ella, haciéndola concluir que otro hombre en su hogar sería irremediamente como un ser en corral ajeno. Además, y esto se insinuaba ya como algo casi enfermizo, solía mitificar el pasado un poco más allá de las recurrencias evocativas propias de una viuda que había amado profundamente a su marido, y que había sido también de veras amada por éste. La falta de altibajos que caracterizara a su matrimonio la nutría ahora con un soterrado temor a encarar cualquier nueva modalidad vital, a comprometerse en cualquier proyecto palpitante que la remeciera como a una mujer de carne y hueso.

La señora Corsiglia se sentía muy sola esa tarde. Muy sola y muy inepta. Su madre se afanaba en la cocina. Luis se había encerrado arriba en su dormitorio; hacía más de una semana que Luis buscaba el aislamiento y ella había notado que no dormía bien. Y sus notas por primera vez no eran buenas, no eran sobresalientes como siempre. Lo peor es que el muchacho estaba adoptando una seca actitud hermética que hacía prácticamente imposible abordarlo. ¿Cómo ayudarlo entonces? Ella no se atrevería a pasar la valla, no podría arriesgar un rechazo porque eso sería como si algo se quebrara allí donde todo estuvo siempre tan

entero. Por su parte Alex demostraba signos inequívocos de encontrarse experimentando una mutación de proporciones; era visible hasta la obviedad que con ella se conducía ahora de manera muy distinta, no le conversaba como antes, no le comunicaba sus extravagancias y fantasías; por ejemplo, ya nada quedaba del Alex actor triunfante en Hollywood, del futuro viajero, del aventurero imaginativo y desafiante, del lector que soñaba con ser personaje. Se lo pasaba en casa de su amigo Jaime Pino, o al frente. ¡Oh, esas Glicker! Por fortuna podía afirmarse que Alicia se recuperaba para la casa; traía de vez en cuando al vecinito de enfrente, y si bien era cierto que no había cesado totalmente de andar robando azulejos y baldosas de las construcciones, la cosa había disminuido a niveles aceptables; por lo menos nadie reclamaba ya. La parejita trasladaba sus mermados botines al fondo de la casa de los Corsiglia, lo cual además de proporcionar la tranquilidad de tenerlos bajo control, permitía llevar un inventario de los robos. Al fin y al cabo, pensaba la señora Corsiglia, lo de Alicia no eran más que travesuras, tolerables pilatunadas que no la dañaban. En cambio, Luis parecía sufrir, y Alex estaba echando un velo sobre sus pensamientos, inquietudes y quehaceres. El inicio de su entrada a un mundo reservado se hacía notar día a día. Para peor, la abuela no ayudaba a aliviarle a la señora Corsiglia sus aprensiones. Por el contrario, a medida que su animadversión hacia la familia de enfrente aumentaba ella acidulaba sus invectivas y, ahora, últimamente, y esto era lo más abrumador para la señora Corsiglia, había que admitir que sus sentencias tenían fundamentos. Doña Elvira, por quien la señora Corsiglia sentía cierto aprecio, las había visitado el día anterior y daba pena ver lo afligida que se encontraba la pobre mujer por culpa de sus arrendatarios. Sencillamente no le habían pagado un centavo más acá del primer mes, y tal como ella veía las cosas no surgirían probabilidades que hicieran variar la situación; le asistía el convencimiento de que ya no recibiría ni un centavo más de aquella gente.

—Cómo fui a equivocarme tanto —decía—; me engañé con el modito de esa señora alemana, pero ella no tiene la culpa, el sinvergüenza es el grandote del marido; miren qué manera de instalarse en una casa, el muy irresponsable.

—Se lo pasa todo el día metido en la casa —afirmó la abuela, para quien el drama de su amiga tenía connotaciones que ella no iba a dejar pasar así no más—. Esa gente es un desastre también para nosotros, El-virita, nos ha alterado a los muchachos de una forma que mejor me quedo callada, aunque algo te diré, sí, mira, la mayorcita es una tipa, y la otra se hace la mosca muerta y ya cualquiera sabe que las que no rompen un huevo rompen la canasta entera.

—No me va a quedar otra —dijo la señora Elvira— que demandarlos, pero eso cuesta plata.

—Lo antes que los demandes, mejor —opinó la abuela—. Está visto y requeteprobado que son unos frescos sin un peso, deben absolutamente todas las cuentas, y sin embargo, cáete, querida, comen carne con lo cara que está, no sé de dónde se la traen pero se banquetean de lo lindo con carne y por supuesto que al grandulón no le falta la cerveza ni el vino.

—Fue un error —se lamentó doña Elvira—, un gran error, por sacar un poco de plata para las terminaciones. . . nunca, nunca volveré a arrendar mi casa.

—Tal vez mi hermano César pueda ayudarte, Elvirita —dijo la señora Corsiglia—. Tiene amigos abogados que.. .

—¡ Cómo se te ocurre semejante disparate! —saltó la abuela—. Ese es otro que bien canta. No, no, Elvirita, paga no más los servicios de un buen abogado, de uno que se dedique a lanzamientos, mira que el tal César no ha ayudado nunca a nadie.

A esas alturas de la conversación, y para evitarse un mal rato, la señora Corsiglia se retiró dejando a las dos señoras solas. Su madre se equivocaba, César podía ayudar y ella pensaba ir a visitarlo al día siguiente, mañana mismo, para pedirle que hablara con los muchachos, que conversara con ellos como cosa suya, claro está, como cosa de hombres, que les dijera, bueno, que les dijera algo que viniendo de un hombre de mundo les resultara confiable a los muchachos, sí, a él lo escucharían y no se sentirían atropellados por ninguna intrusión, sí, había que andarse con mucha cautela con los jóvenes.

VIII

UNA HISTORIA

—Ya, pues, tío, déjese de jugar a esa lata y cuéntenos una historia de cuando usted era marino.

El tío César levantó la mirada del tablero y le sonrió a Alicia:

—Espérate un poco, querida, que ya le doy el mate a Alex.

—Ándate a jugar con tus muñecas será mejor —dijo Luis—. Mira que yo estoy esperando mi turno!

—Ve, tío, no lo van a dejar que me cuente una historia.

—Jaque al rey —advirtió el tío César.

—Es mate,... sí, sí lo es —reconoció Alex echándose hacia atrás.

— ¡Ya, qué bueno! —exclamó Alicia—. Ahora, tío, esa historia de las ballenas.

—Me toca a mí, ¿verdad? —pidió Luis poniéndose de pie para ocupar el lugar de Alex.

—Un momento —dijo el tío—. ¿No preferirían que les contara una historia romántica?

—¿Romántica en el mar? —quiso saber Alicia.

—Romántica en tierra, querida, tú sabes que yo he tenido muchos amores.

—Claro que sí, la abuela siempre lo dice —afirmó Alicia—, que usted ha tenido cualquier cantidad de chinas. ¿Por qué le gustan tanto las chinitas, tío? ¿Será por los ojos que los tienen como mirando siempre muy apretadito?

—Bueno, niña, puedo admitir que también he tenido chinas, puedes confirmárselo a tu abuela, pero de Pekín, eso díselo también, de Pekín, son muy, pero muy cariñosas las chinitas de Pekín.

—¿Es cierto, tío? —preguntó Luis,

—Vaya, hombre, por supuesto que sí; no se me ha escapado ni una sola raza, no en vano llevo titanios años al servicio de la mujer internacional, qué te crees.

—Pero nunca se casó, tío, cuéntenos por qué.

—Tal vez porque las he querido a todas las mujeres igualmente.

—Eso es imposible —opinó Luis.

—Sí, imposible —concordó Alex.

—Cómo es esto, parece que ustedes saben más que yo. Puede ser, sí, pensándolo bien, recordando bien, tendría que aceptar que una vez estuve muy enamorado, sí, mucho más que otras veces, que todas las demás veces.

—Y entonces, ¿por qué no se casó, tío? —preguntó Alicia.

—Bueno, es que pensé en lo que dicen los curas respecto del sacramento matrimonial, que une a la pareja hasta que la muerte los separe, y eso puede significar que un cónyuge debe asesinar al otro ¿o no?

—Ya, tío, hable en serio —apuntó Alicia.

—A este paso parece que me van a hacer confesar toda la verdad. Ocurre que yo era muy joven, apenas tenía unos añitos más que tú, Luis, y ella era también demasiado joven.

—Pero hay parejas que se casan muy jóvenes, tío. Mamá se casó a los diecisiete, eso dice, siempre lo dice, y por eso es que todavía es muy joven.

—Aja, apostarí que eso último también lo dice.

—Vamos, tío, ¿qué pasó? —preguntó Luis—. ¿Cómo fue la cosa?

—Pues es una historia que tendría que contarla completa y quizá ustedes preferirían seguir jugando al ajedrez, o que yo les cuente una historia marinera, ¿verdad, Alicia?

—Por ahora, tío —habló Alicia—, preferiría el cuento, ¿cómo es que dijo al principio?, el cuento romántico, eso es, la Rucia Glicker de enfrente siempre escucha en la radio unas historias que se llaman comedias, comedias también románticas y han de ser muy rebuenas porque se queda pegadita hasta que terminan y hasta llora.

—Bueno, atención entonces, no me interrumpirás, querida, ¿no?. . . De esto hace ya mucho tiempo. Sin embargo, no me falla la memoria en estos recuerdos. Yo tenía, ya lo dije, algunos años más que Luis, pero en ese tiempo las cosas se estilaban de

modo muy distinto de lo que uno ve a diario hoy en día, me refiero a los jóvenes muy jóvenes. . . aunque en el fondo los sentimientos no han cambiado y, seguramente, no cambiarán nunca. . . Ahora voy al grano.

"Fue durante un verano en la playa que conocí a Ilse. Ella y su tía llegaron al hotel justamente el día anterior al de mi regreso a Santiago; se darán cuenta que, en consecuencia, no dispuse casi de tiempo para abordarla y, dadas las costumbres de la época, no era cosa de hacerse como ahora así no más el contradicho con las muchachas. No, señor, las cosas eran mucho más difíciles. Ese hotel en que yo veraneaba con mis padres era un establecimiento espacioso y solemne; un lugar caro y lujoso, con atildados mozos enguantados y veraneantes en su mayoría de modales estirados y, en su mayoría también, de edades avanzadas, de manera que no era usual toparse allí con gente joven. Quedaba muy alejado del pueblo y muy cercano al mar, las arenas que lo separaban de las aguas conformaban una playa privada a la, cual concurrían exclusivamente los pensionistas del hotel. Creo que esto último me favoreció porque Use, esa tarde de su llegada, no atinó sino a bajar a aquella playa mientras su tía subía al dormitorio a desempacar y habilitar la pieza que iban a compartir. Yo acababa de tomar el té y, como partíamos con mis padres al amanecer del día siguiente, se me ocurrió ir a mi habitación también en los altos, en busca de mi caña de pescar para luego tentar anzuelo en el muelle por última vez. Desde el ventanal divisé entonces a Use caminando lentamente hacia la orilla del mar. Se había sacado los zapatos y, arremangándose la falda, entraba cuidadosamente a la zona de las últimas débiles resacas. Junto a mi caña de pescar, arriba del ropero, estaba también el catalejos de mi padre. Lo cogí y no tardé demasiado en enfocar a Use. Por un rato sólo pude contemplarla de espaldas, pero su larga cabellera rubia y fugazmente su perfil me mantuvieron a la espera de que se volviera para verla de frente. Cuando después de unos minutos lo hizo, experimenté una impresión que me costaba mucho describir si es que llegara a conseguirlo. En pocas palabras les diré que al aumento del lente que me entregaba su rostro al alcance de la mano, se agregó el hecho de que yo percibía su caminar como si ella viniera de algún modo flotando mientras la brisa del atardecer le mecía el cabello delicadamente. El verla de aquella manera con el catalejos, el verla así por primera vez me marcó y conmovió profundamente. Se me terminaron las ganas de ir al muelle; me tendí en la cama y me quedé allí en una especie de entresueño por casi un par de horas, porque sólo me levanté cuando mi madre me llamó para que bajara a cenar".

"En el comedor del hotel había una plataforma sobre la cual, los sábados y los domingos por la noche, se ubicaba una orquesta de músicos viejos, casi ancianos, que interpretaban piezas clásicas relativamente ligeras, en especial vales vieneses. Durante todo el resto de la semana sólo se veían allí las sillas y los atriles de los músicos. Y un piano de media cola. Esa noche, después de la comida, Use subió a la plataforma y se sentó al piano. Tocó un vals de Chopin y un impromptu de Schubert. Mi madre dijo que aquel impromptu exigía un virtuosismo grande y que la muchacha indudablemente lo poseía. Mi padre asintió. Los dos gustaban sobremanera de la música, mi madre había estudiado piano algunos años en el Conservatorio de Santiago. Cuando Use regresó a su mesa, mi madre se puso de pie y fue a felicitarla. Yo me sentí muy nervioso y transpiré helado al ver que mi madre traía ahora a Ilse a nuestra mesa. Mi padre se levantó y después de besarle a

la muchacha el dorso de la mano la elogió conceptuosamente. Yo hice una venia muy tiesa, le acerqué una silla y luego me senté; la miré y pensé que la tenía a la misma distancia de cuando la observaba con el catalejos, estábamos (frente a frente y seguía siendo tan bonita como entonces. Mi madre le ofreció de su bebida y a continuación dijo algo que me pareció inverosímil, dijo que yo debería visitar en Santiago a una niña así tan bonita y distinguida, eme debía hacerme de esa clase de amiguitas. Asentí en silencio. —Nos darás, querida, tu dirección —pidió mi madre, y a mí—: ¿Tienes, hijo, un lápiz?"

"Le contesté que no era necesario, que yo retendría esa dirección en la memoria. —Es cierto —dijo mi padre—, por eso no estudia, porque tiene una memoria de elefante".

"La casa de Ilse quedaba en una calle ciega del sector que ha dado en llamarse Santiago Viejo. Como la mayoría de las casas de las callejuelas aledañas a Echaurren y República, se llegaba a su puerta de entrada a través de un zaguán lateral, precedido por una alta reja de fierro forjado, de tal modo que el frontis no se veía desde el exterior. Más allá del zaguán la construcción se iba angostando, proyectándose un gran jardín arbolado que se tupía también con muchos arbustos frondosos y se enmarañaba al máximo en las proximidades de la medianera del fondo. Era entonces esta visión de troncos y verdes ramajes entrecruzados la que se tenía desde el último ámbito interior, una especie de segundo salón con algo de biblioteca y mucho de sala de música, ya que lo presidía un piano de cola. Este era el lugar donde Ilse me recibía. Se sentía uno allí independiente del resto de la casa, de los mayores. Salvando una terraza se entraba directamente desde el jardín, porque el segundo salón disponía de puertaventanas. Ilse vivía con su padre y con la tía que conocimos en el hotel y a quien, en realidad, no la unía consanguinidad alguna. Esa "Tante" había sido su institutriz. Al padre de Use yo no lo vi más que de paso en muy pocas oportunidades, no así a la Tante, que nos vigilaba con aceptable cautela pese al rechazo que emanaba de la máscara hostil que tenía por rostro. El servicio lo ejecutaba una empleada que parecía estar con la familia desde muchos años; con excepción de esta mujer todos hablaban allí en alemán". "Empecé a visitar a Ilse dos veces por semana; llegaba alrededor de las cuatro de la tarde y me iba cerca de las seis y media, generalmente al escuchar el motor del auto del padre de Ilse, cuyo estertor se hacía sentir desde el zaguán. Si bien era presumible que otros adolescentes se hubiesen acercado a Ilse con anterioridad, tuve muy pronto la sensación de ser el primer muchacho a quien ella recibía como a su propio visitante. Y no es que ella fuera una muchacha particularmente demostrativa, pero su satisfacción quedaba de manifiesto en muchos gestos y actitudes que no podían a mi pasármese inadvertidos. Me impresionaba su disposición para interpretar al piano lo que yo le pidiese; cuando no dominaba al punto una pieza no demoraba más de una semana en solucionar el aprendizaje. En el hecho, las sesiones de música ocupaban la mayor parte de nuestras veladas, a menudo sólo interrumpidas por breves comentarios y, claro está, por la hora del té. Los tés donde Use constituyen algo que no he podido olvidar jamás. Más o menos alrededor de las cinco la empleada ponía un mantel bordado a mano sobre la mesa de la terraza, enseguida traqueteaba entre la cocina y el exterior para

terminar avisándonos que pasáramos a la mesa. No recuerdo el número de kilos que aumenté en ese tiempo, pero no fueron pocos. Yo era un tanto delgaducho y no estaba en absoluto acostumbrado a pegarme semejantes panzadas de quesos, cecinas, apfelstrudel, bienenstiche, pumpernickel y otras delicias. Después de esos succulentos téis regresábamos al salón y nos sentábamos a reposar lo ingerido hasta que Ilse volvía al piano. Y bien, esa era una relación muy apacible, ¿verdad? Ilse me despedía en la reja. Nos dábamos la mano y nos sonreíamos, pero... sí, la besé una vez, en la frente solamente. No se rían, eso fue un gran progreso, una gran audacia. Y fíjense ustedes que estábamos unos pasos antes del zaguán, y en el momento en que yo le besaba la frente a Ilse, alcé la vista y vi a la terca Tante; nos estaba observando desde una ventana ahí mismo, a medio metro; había corrido un visillo y, saben, sonreía. Fue la única vez que vi descongelarse su rostro hasta el límite de un gesto dulce. Eso fue extrañísimo. Las cosas iban pues desenvolviéndose muy bien, hasta que llegó el día del cumpleaños de Ilse. Hubo entonces una fiesta, no había muchos invitados, no más de una docena entre muchachos y muchachas compañeros de colegio de Ilse en su mayoría. Y una prima: Renate".

"Era imposible no reparar en Renate. Desde que hizo su entrada no cesó de llamar la atención de los jóvenes por su belleza, el pelo cobrizo, ojos casi amarillos, un cuerpo torneado sin un solo error de cálculo. Hacíamos cola por bailar con ella y Renate disfrutaba sin disimulo al verse tan apetecida. De pronto me di cuenta, yo estaba bailando con ella, que Renate rechazaba a los demás pretendientes que le pedían hacer pareja en los próximos bailes. Era indudable que optaba por mantenerme como su compañero por un rato que se prolongaba. Entre la terraza y los árboles habían asentado un enorme barril de cerveza. Nos acercamos a él y bebimos dos vasos hasta el tope y continuamos bailando alejados del resto. Fue entonces que le pedí su dirección, le dije que me gustaría volver a verla en su propia casa. La reacción de la hermosa Renate me dejó de una pieza, parado ahí en el medio del jardín como una estaca. Después de darse la media vuelta avanzó hacia el segundo salón; a través de los ventanales yo la divisé conversando aguadamente con Ilse. Al cabo de unos segundos, porque todo fue como una ráfaga, Use desapareció en el interior de la casa desde donde no volvió a salir. La fiesta había llegado a su fin. No fui de los últimos en irme. Me daba vergüenza la sola posibilidad de verle la cara a la Tante, me la imaginaba como aquella vez del beso en la mejilla de Ilse, pero ahora sacando unos colmillos siniestros. No me atrevía a hablarle a Ilse esa misma noche, además ella no lo permitiría".

—¿Volviste a ver a esa Renate alguna vez? —interrumpió Luis.

—¡ No!, a ésa nunca más la vi.

—¿Y a Ilse? --preguntó Alex—. No creo que todo estuviera necesariamente del todo perdido.

—Todo estaba perdido —dijo el tío César—, absolutamente perdido. Trancurrido un par de semanas me armé de valor y fui a la casa de Ilse. La empleada me atajó en la reja y me comunicó que no se deseaba verme allí, que tuviera la bondad de retirarme, que eso era lo que Ilse en persona había instruido que se me dijera. . . Ustedes ven, muchachos, yo la estaba queriendo a esa alemancita, ya, no se reían, y la perdí por una tentación, por una tonta tentación, por unos momentos con una muchacha de las que, después habría de aprenderlo reiteradamente, hay muchas, muchas. En cambio como Ilse no había otra. Bueno, niños, en definitiva nunca hubo otra así para mí.

—No pretenderás decirnos que por eso no te casaste jamás, tío, sería muy difícil tragarse una ruedecita de ese porte.

—Pues ya ves que no me casé nunca.

—¿Y no te encontraste alguna vez con ella? —quiso saber Alex.

—Vamos, cuenta —se sumó Luis.

—Pues sí, años después sí

—Vamos, ¿cómo fue eso?

—Eh. . . bien, yo estaba en una playa con unos amigos bohemios, me dedicaba a escribir poemas en aquellos tiempos, ustedes saben que tengo mis poesías nada de peorcitas por ahí. Bueno, el caso es que una tarde yo venía subiendo de la playa por una larga escalinata cuando, al mirar hacia arriba, vi a un matrimonio con muchos niños; los niños se adelantaban a sus padres y pasaron casi trotando por mi lado rumbo a las arenas. Ella era Ilse. Había engordado mucho. Al cruzarnos en la mitad de la escalinata me miró sin delatar ningún reconocimiento. Pero yo sabía que eso era del todo improbable, y comprobé que no estaba equivocado, porque una vez que la pareja pisó el plano de la playa, ella volvió la cabeza para observarme a la distancia. Lo hizo un par de veces y de modo muy rápido, quizá porque temió que yo, que me había quedado ahí detenido, resolviera bajar a hablarle.

—¿Estaba demasiado gorda? —preguntó Alex.

—Sí, diría que bastante gorda.

—Entonces pensaste que fue una suerte que no te hubieras casado con ella —opinó Luis.

—Creo que sí, que pensé algo parecido.

—Pero a ti te hubiera gustado tener una familia, hijos, quiero decir —estimó Alex.

—¡Vaya! No me estoy quejando de la vida que he llevado, si es a eso a lo que quieren llegar.

—Pero, tío, ¿qué es mejor, qué es lo mejor? —quiso saber Alex.

—Ah, eso o no lo sabe nadie o sólo lo sabe cada uno.

—Te pusiste difícil, tío, pero, sabes, fue una bonita historia, de veras que sí —dijo Luis.

—Sí que lo fue —concordó Alex.

—Miren, Alicia se quedó dormida hace rato, es evidente que no opina lo mismo que ustedes. ¿Quién se atreve a otra partida?

IX

ANTES DE "LA CHÂTELAINÉ"

Eran las seis y media de la tarde de ese día sábado, A pesar de que el otoño se había venido pronunciando más frío que lo usual en Santiago, aquel día recordaba al verano; desde temprano se sentía una temperatura que, sin ser sofocante, era propia de la estación calurosa.

Alex pensó que su temo azul marino cruzado lo iba a hacer transpirar. Estaba estudiándose frente al espejo del ropero de su habitación; si no bajaba el barómetro siempre valdría la pena el sacrificio porque se veía muy bien con su camisa blanca de cuello almidonado, la corbata esa de Luis con rayas de tonos grises y celestes, el pañuelo blanco exhibiendo tres puntas, eso estaba muy de moda, tres puntas sobresaliendo del bolsillo pechero, apenas una pasadita de gomina Vanka, ¡qué pasoso aroma!, por los costados sobre las orejas para domar el corte por ahí algo rebelde, y colonia Inglesa, ¿no se habría echado demasiada? No, era la famosa gomina la fuertona. En fin, las cosas deberían presentarse muy auspiciosas con una pinta así, además tenía mucho camino ganado porque había sido la misma Constanza a la que se le había ocurrido ir a "La Châtelaine". Sí, salió de ella la idea y esto era como entrar en el juego con un gol de ventaja.

Al empezar a bajar por las escaleras Alex se llevó una mano al pecho. Sonrió. Ahí iban varios billetes grandes, los palpaba, el tío César sencillamente sabía comportarse cuando uno lo necesitaba. Era una gran cosa tener un tío así. Al cruzar por el pasillo enfrentó al salón; su madre estaba allí leyendo una revista y la abuela remendaba un vestido de Alicia, y alegaba que la niña aparecía todas las tardes convertida en un mono al que había que sumergir con pinzas en la tina de baño, y, por supuesto, no cuidaba sus vestidos, qué decir, los acababa como si fuera un muchacho, un malandrín, claro, como el pequeño rufián de enfrente.

—¿Adónde vas, niño? —preguntó la abuela.

—A "La Châtelaine" —contestó Alex.

—Te ves muy buen mozo —dijo la señora Corsiglia.

—¿A la qué? —quiso saber la abuela.

—Es un lugar donde van los jóvenes a conversar y a bailar —le informó la señora Corsiglia,

—Pues me parece que este niño va demasiado adelantado para su edad en ciertas cosas, y no lo digo sólo por esta salidita, lee libros de adultos.

—La lectura es un buen hábito, mamá, si se frena a esta edad no se desarrolla ni se recupera después.

—Te digo no más.

Alex se escurrió hacia la puerta. Era mejor evitar el quedarse varado ahí en una conversación sin destino con la abuela. Alcanzó a hacerle un guiño a su madre, quien le contestó con una sonrisa.

En la casa de enfrente lo recibió la señora Glicker; lo hizo pasar y lo invitó a tomar asiento en el salón. Ella se sentó a su vez. Hubo un largo momento de silencio. Alex no atinaba a iniciar el diálogo.

— Constanza ya debe de estar por bajar —dijo la señora Glicker.

—Sí, señora.

—Me ha contado que irán a un lugar muy bonito.

—Sí, señora.

—Que parece un castillo o al menos una mansión con aires, cómo te diré, con aires palaciegos.

—Sí.

—¿Tú has estado allí antes.

— No, es la primera vez, señora.

—Pues entonces Constanza debe sentirse muy halagada de que un joven como tú la haya elegido para ir por primera vez a un lugar tan bonito. Además te ves muy guapo con ese terno azul marino, muchacho.

Alex pensó que debía agradecer esas palabras por el cumplido que contenían.

—Gracias, señora —dijo.

—De qué niño, qué es lo que me agradeces.

A Alex le pareció que se había metido en un enredo: esa conversación se desarrollaba de manera muy rígida, es que él estaba muy nervioso, no podía evitarlo. Afortunadamente ahora se sentía bajar a Constanza, ¡ Jesús ! con un enorme libro bajo el brazo, bueno, eso lo había anunciado, pero ¡ aquel vestido! Si Jaime la viera. Sencillamente Constanza no debía de disponer de un sólo vestido normal. Lo más extraño era esa suerte de cofia de la que se desprendían unas cintas semitransparentes que luego se entrelazaban con el cabello formando parte de sus rizos. Y las cintas no paraban ahí, porque el vestido en sí estaba hecho de toda una verdadera maraña de serpentinas, sí, parecían serpentinas de tela delgada, multicolores, con tonalidades de volantines, y aquí y allá dejaban la piel a la vista, no, no era la piel, era una tela color carne que servía de apoyo a esa trama, qué género sería ese. Solamente a Ivonne de Cario había visto Alex con algo semejante en una película con árabes, sí, eso era.

—Ya veo que te pusiste tu traje predilecto, querida —dijo la señora Glicker, y, volviéndose hacia Alex—: Esto significa, niño, que tu acompañante te tiene en la más alta estima, adora ese vestido y no se lo pone sino en ocasiones, cómo te diré, tú me entiendes.

Alex se lamentó para sus adentros de que la ocasión ésta se hubiera considerado entre aquellas que lograban sacar eso del ropero de Constanza. Habría que tomar un taxi, el primero que pasara, y ojalá pasara en cuanto salieran a la calle, si no antes, porque de veras que no sería cosa sencillita caminar por la calle Pedro de Valdivia con una chiquilla vestida como Ivonne de Cario de fiesta bajo una carpa del Sahara.

—Se ve hermosísima, ¿verdad? —preguntó la señora Glicker.

Alex asintió. Eso era cierto, y comprobó que Constanza tenía los ojos verde agua.

—No podrás negarme, Alex, que mi hija se parece a la Venus de Botticelli.

—¿A la Venus de qué?

—De Botticelli, ¿no la conoces?

—Sólo conozco a la de Milo, señora.

— Ah, no, a esa jovencita me parezco yo.

Después de eso la señora Glicker les indicó que harían bien en partir y que trataran de no regresar demasiado tarde. Pero antes de que salieran le trajo a Constanza una mantilla.

— Póntela, querida, la temperatura bajará bruscamente en cualquier momento... a ver, ¿qué llevas ahí, un libro? ¡Qué niñita! Ya, adiós, pásenlo bien.

Alex sintió un gran alivio cuando Constanza se puso la mantilla, que le cubría buena parte del vestido. Ya casi ni le importó lo del libro.

X

EN "LA CHATELAINE"

"La Châteline" no era en realidad ni tan palaciega ni tan elegante, pero había algunos elementos en su interior que le infundían al lugar un sesgo convencionalmente señorial, retratos, de empingorotadas damas entre encajes y aderezos, óleos de campiñas inglesas con sus inevitables y obvios jinetes cazadores, dos o tres naturalezas muertas, dos o tres mapas antiguos, todos enmarcados en dorado. El mobiliario era de buena calidad o lo aparentaba de manera convincente. En los dos comedores las gruesas sillas parecían talladas a mano. y las mesas se adivinaban vetustas bajo los manteles bordados; en el primer comedor se abría una pista de baile al centro, mientras a un costado un pianista vestido de modo funerario interpretaba música ligera, jamás demasiado sincopada. Esto durante la cena. Antes y después de la comida se escuchaban discos de moda. La preferencia por Nat King Cole solía resultar un tanto abrumadora. A la izquierda de la puerta de entrada se emplazaba un guardarropía atendido por una muchacha muy bonita: y neumática que, además de prestar los servicios propios de su cargo, atraía y distraía a los varones que mataban la tarde en el bar, al frente, al lado derecho de la entrada. Aquel bar, a la usanza norteamericana, era muy oscuro; con frecuencia también las damas se instalaban en él acompañadas de sus parejas, tomando el aperitivo antes de ubicarse en: una mesa. Al poco tiempo de inaugurarse "La Châteline", el bar se constituyó en el lugar entre predilecto y obligado de las parejas más jóvenes que no disponían de dinero como para cenar y que, en consecuencia, entre baile y baile estiraban sus bebidas y combinados hasta la máxima tolerancia del barman; los escrutadores ojos de éste eran exaltados por los focos interiores adosados detrás del mesón, los que si bien estaban destinados a alumbrar las repisas con licores a sus espaldas, le imprimían al hombre una estampa siniestra; en el hecho, de esos focos se derivaba la única y penumbrosa claridad del bar de "La Châteline". .

Alex había detenido un taxi en la calle Sucre, una cuadra antes de Pedro de Valdivia. Originalmente el muchacho sólo proyectaba regresar en taxi; luego, ante el vestido de Constanza había optado por subirse a uno cuanto antes, pero cuando la señora Glicker le pasó a Constanza la mantilla la cosa experimentó una mutación. Sin embargo, todo había ocurrido muy rápido, de manera que Alex casi como en un movimiento reflejo hizo parar al primer taxi que se les cruzó en el camino.

En esos años los autos de alquiler no llevaban taxímetros. El chofer que los condujo hasta "La Chatelaine"

era un malandrín que, en esa curiosa jovencita y en aquel atildado y tenso muchacho, vio una oportunidad caída a plomo para obtener una ganancia exagerada. Alex sacó un cigarrillo y le indicó al chofer el lugar de destino; éste percibió el nerviosismo del joven por la tonalidad de la voz, mientras que por el retrovisor advertía cómo le temblaban las manos

al ahuecarlas para resguardar la llama del fósforo.

-¿ Ya e dan permiso para fumar en casa, cabrito? Alex no le contestó ni una sola palabra.

-Ten cuidado con quemarme el coche, cabro, usa el cenicero.

Alex vio a su izquierda, en el reborde del brazo, un saliente metálico, hincó las uñas en esa platina y por más que trató de aflojada no consiguió descorrer el cenicero de su nicho.

-Qué pasa -dijo el chofer- me vas a quemar. . .

-Nadie te va a quemar nada -lo interrumpió Constanza, y, a la vez que abría la ventanilla del lado de Alex, agregó:

-Tu cenicero está trancado, échale aceite para otra vez, cómo sales a trabajar así.

-Engallada como todas las yegüitas -espetó el hombre.

Alex sintió que la camisa se le empapaba por la espalda. Arrojó el cigarrillo por la ventanilla, una náusea se le insinuaba desde el estómago.

-Alex.

Se volvió hacia Constanza; la muchacha le sonreía con una dulzura estimulante.

-No hagas caso -dijo ella-; es un mal educado. -¿ Quién es el mal educado, o escuché mal?

-Escuchaste bien -le respondió Constanza-; es exactamente lo que dije, y tú no deberías manejar autos, apenas te da para un carretón tirado por percherones, y basta.

Al hombre le produjo estupor la prestancia de la muchacha. Alex también se sorprendió de la entereza de Constanza. No había ciertamente ninguna relación entre su frágil apariencia, su inconcreto talante y aquella reacción suya tan llena de vigor.

Ya estaban frente a la Plaza Pedro de Valdivia. Alex pagó la cantidad determinada por el chofer; era más de lo supuesto, pero no mucho más. Caminaron por la senda de grava hasta la entrada de "La Châtelaine"; Constanza había tomado a Alex de un brazo, Alex no sentía la tierra bajo sus pies. La muchacha del guardarropía le preguntó a Constanza si deseaba dejar allí su mantilla, y al ver el libro también le sugirió que lo dejara. Constanza vaciló unos instantes respecto de la mantilla, terminó pasándosela y conservó el libro. . .

-No hace frío aquí, ¿verdad? -preguntó.

-Oh, no, señorita, el ambiente es muy cálido.

-El ambiente es muy cálido -repitió Constanza-, qué bien suena eso, ¿verdad, Alex?

-Claro, suena muy bien.

antes de que avanzaran hacia el interior la muchacha les indicó que debían conservar un comprobante.

-Déselo al caballero, por favor -pidió Constanza-. Alex lo guardó en el bolsillo pechero detrás del pañuelo con tres puntas.

-Pueden pasar al bar antes de comer -dijo la muchacha y agregó--: Porque van a quedarse a cenar ¿ verdad?

Constanza miró a Alex:

--¿Te alcanza?

Alex respondió que sí y pasaron al bar. Constanza pidió una bebida y Alex sintió que necesitaba algo fuerte. Pidió un gin con gin. Las mesitas individuales del bar se encontraban todas ocupadas, de manera que ellos se sentaron en un largo sofá funcional en forma de ele en el que también había otras parejas. Alex experimentó una aguda sensación de incomodidad; sentados uno al lado del otro como en un bus o en un tren, había que volver la cabeza para hablarle a la compañera, y en los ratos de silencio se quedaba uno mirando al frente en una posición rígida. Alex resolvió que convenía salir de ahí lo antes posible. Bebió su combinado de modo acelerado e invitó a Constanza a pasar al comedor. Un mozo los condujo hasta una mesa contigua al piano. La rapidez con que Alex se había tomado su gin con gin empezó a surtir su efecto: un calorcito agradable se posesionaba de su cuerpo, subía a través de él hasta invadirle las mejillas. Sobre la mesa había una lamparita con interruptor individual y también dos candelabros con sus respectivas velas. Constanza se demostró encantada con los candelabros y ante la oferta del mozo optó porque éste los encendiera de inmediato.

-Esto es muy romántico -dijo. -Sí -concordó Alex.

-Usaremos la lámpara cuando te lea el libro, los párrafos de que te hablé, no son muchos -informó Constanza, señalando el volumen depositado sobre una silla vecina. Alex asintió con un movimiento de cabeza y ella reparó en el desgano de ese gesto.

-Parece que no te gusta la idea de que te lea unos párrafos de "Los Miserables". Ya pensarás distinto después.

-Oh, no, me da lo mismo, no te preocupes.

La mirada se le endureció a Constanza. Aparentemente se le había oscurecido el verde-azul de sus ojos, y el negro de la pupila adquiría un brillo metálico, punzante. O bien

era sólo una idea suya, claro, no podía negar que tenía una fijación respecto de los ojos de Constanza.

-No te dará lo mismo -afirmó ella, con una tonalidad cortante-; significa mucho para mí

-Sí, de acuerdo, Constanza, yo no he dicho nada, olvídale.

En ese momento el pianista inició su interpretación del Tango de Albéniz. El maitre se acercó a la mesa de Alex y les sugirió algunos platos. Constanza cogió el menú y pidió nada más que una corvina al vapor que figuraba con uno de los precios más bajos. Alex agradeció para sus adentros la consideración de su compañera y escogió lo mismo, y una botella de vino blanco.

-¿No desean un aperitivo -ofreció el maitre – y algún postre

-Ya tomamos nuestro aperitivo en el bar –dijo Constanza- y yo no quiero postre, un café bastará -había comprobado que los postres tenían precios altísimos.

-Yo me tomaría un pisco-sour -informó Alex.

-Con la botella de vino ya será demasiado –opinó Constanza.

-No tenemos para qué tomada entera –arguyó Alex-. Sí, tráigame no más un pisco-sour.

-¿ Doble? -preguntó el maître.

_Simple -determinó Constanza.

La corvina no venía en dimensiones generosas, de manera que Alex con su estómago adicionalmente expectante por el alcohol tuvo que demorarse a conciencia para seguirle el ritmo a Constanza que lo saboreaba con lentitud. Y fue esa lentitud la que hizo espacio para que la botella de blanco se fuera consumiendo hasta el fondo. Al principio conversaron sobre el colegio; Alex le contó sobre sus profesores y compañeros centrándose en anécdotas divertidas. Lucía una soltura inusitada para relatar esos episodios humorísticos y Constanza lo escuchaba sonriendo a veces, sólo a veces.

-Pareces estar muy contento en tu colegio -le dijo durante un lapso en que Alex despachaba el último bocado de corvina-. Parece que te gusta estudiar e ir todos los días a clases.

-Yo no he dicho eso, en ningún momento lo he dicho -contestó Alex-, sólo que, bueno, pasan cosas divertidas como cuando el cura Laine se enamoró de la petisa de Castellano, ya te lo conté.

-Yo odio tener que ir al colegio -confesó Constanza.

-¿Por qué...? No me has contado nada.

-Es que tú has estado tan parlanchín, mira, se acabó el vino.

-¡No me digas! Vaya, es cierto.

-Ni que me lo hubiera tornado yo.

-Perdona, se me pasó la mano.

-¿ Crees que podrás bailar?

El pianista se había retirado y desde los parlantes llegaba un fox-trot cadencioso.

-Por supuesto que sí. . . sí, pero antes cuéntame de tu colegio.

-Todavía no voy este año.

-¡Pero si estamos en mayo!

-Estoy acostumbrada a que me matriculen tarde. Y es mejor así. Creo que iré al Liceo de Ñuñoa.

-Es un buen liceo -opinó Alex.

-Son todos iguales.

-Has estado en muchos colegios, entonces.

-Sí, y ya perdí la cuenta y no puede ser de otra manera, como nos pasamos cambiando de barrio. . .

Alex sintió que algo en esa conversación lo desasosegaba. Guardó silencio.

-Estoy aburrida -dijo Constanza.

Alex recibió esa frase como una cuchillada.

-Nos podemos ir en cuanto quieras -dijo.

-Oh, no, no, tontito, no estoy aburrida aquí, me quedaría aquí toda la noche. Es de todo lo demás de lo que estoy aburrida. ¿ No te ocurre a ti b mismo a veces? ¿No te pasa que te gustaría, no sé cómo decírtelo, fugarte, abandonar la casa y partir, partir definitivamente?

Los ojos de Constanza habían adquirido una vivacidad palpitante. Alex le contestó que sí, que él y su amigo Jaime Pino pensaron una vez, no, varias veces, irse a Hollywood y llegar a ser actores famosos.

-No me refiero a esa clase de fantasías -aclaró Constanza, en cuyo ceño se tramó un gesto adusto-, a esa clase de tonterías. Lo que te quiero decir es algo, sí, algo como esto - Constanza cogió entonces el libraco que trajera consigo y del cual Alex ya se había olvidado; abrió sin vacilación en una página marcada, encendió la lámpara y leyó:

"Capítulo I, del Libro Tercero: Una casa con secreto. Hacia mediados del siglo anterior, cierto consejero en el parlamento de París tenía una querida, que él procuraba ocultar, pues en aquella época los grandes señores ostentaban a sus queridas, y los burgueses las escondían, y, a ese efecto, hizo construir una casita en el arrabal de Saint-Germain, en la desierta calle de Plomet... Componíase ésta casa de un pabellón de un solo piso; dos salas en el cuarto bajo, otras dos piezas en el principal, abajo una cocina, arriba un gabinete y un granero, todo precedido de un jardín, con una gran verja que daba a la calle. Este jardín ocupaba la extensión como de media fanega de tierra. Esto era todo cuanto podían entrever los transeúntes".

Cuando Constanza dejó de leer Alex la quedó mirando con estupor. No encontraba absolutamente nada de atractivo en aquellas parrafadas. En cambio, ella sí que emanaba un imán ostensible. Sus ojos, ¡esos ojos otra vez!, se habían tornado clarísimos, ¿sería posible? ¿O sólo se trataba del efecto de la luz que ella había prendido al punto de ponerse a leer?

Constanza se dio cuenta de la desazón de Alex, y ella por su parte experimentó unos momentos de desaliento.

-Tal vez debiera haberte leído primero un trozo de "El Gran Meaulnes", que... si, e relaciona también con lo que, con lo que, lo que. . . ¡Ah! ¡Ya! Basta de esto, por ahora. . .

-Cuando quieras puedes leerme eso -dijo Alex-, cualquier día. . .

--Escucha -pidió ella, saliendo de una fugaz concentración, -, están tocando "Melodía sin cadenas", es muy linda.

-Bailemos -dijo Alex-. Ella asintió y se puso de pie. Otras parejas llegaban también a la pista. Constanza enlazó a Alex por el cuello, tal como su hermana, recordó el muchacho, había hecho al bailar con el primo Danny durante la fiesta de la señora Glicker. Constanza no había querido bailar en esa ocasión, y ahora lo hacía así tan cariñosamente. Alex sintió en su barbilla el cálido contacto de la frente de la muchacha, y la leve aspereza de esas cintas que se entreveraban en sus rizos. Se sintió mareado. Deseaba disimular sus vacilaciones, pero éstas se reiteraban y ya tenía él la impresión de que estaba apoyándose en su compañera de un modo que ésta no tardaría en percibir y rechazar.

-Alex.

-Sí, Constanza.

- Yo conozco una casa como la del párrafo de "Los Miserables".

Alex no reaccionó con ningún comentario. Se decía a sí mismo que de veras había bebido demasiado.

-Alex.

-Sí.

-Es una casa abandonada. En La Reina. Metida en un bosque de eucaliptus, está totalmente abandonada. Alex, vamos a sentarnos.

Una vez en la mesa, Constanza le propuso la aventura.

XI

ALREDEDOR DE UNA JAQUECA

Pasadas las diez de la mañana a Alex todavía le dolía la cabeza con una intensidad que no presagiaba para nada el término de la feroz jaqueca. Se había levantado cien veces durante la noche para tratar de vaciar de una vez por todas su efervescente estómago; un proceso angustioso, múltiples arcadas después de las cuales se evacuaba pura bilis apestosa a alcoholes avinagrados. Regresaba repetidamente a la cama empapado en sudor y con el corazón bombeando a rabiar y, en apariencia, trasladado a algún lugar entre las sienes. Y como si la situación no fuera de por sí penosísima, una vergüenza desconocida le carcomía la conciencia. Su madre se asomó en dos o tres ocasiones, no sabía precisarlo, al dormitorio después del amanecer, y Alex sentía que con su silencio la señora Corsiglia hablaba más que con mil palabras de reproche.

Si bien esta su primera "mona" no había sido propiamente descomunal, su memoria registraba espacios en blanco y otros harto vagarosos, en particular a partir del momento en que salieron de "La Châtelaine". Constanza había insistido entonces en no tomar por ningún motivo un taxi; era evidente que la muchacha pensaba que con la caminata Alex se despejaría un tanto, lo que no sólo no aconteció sino que, muy por el contrario, el aire, corría un viento helado que Alex no percibió gracias a su calefacción interior, tomó al muchacho de refilón acrecentándole el mareo hasta el extremo de que en las últimas cuerdas Constanza debió sostenerlo para que no se le desequilibrara por completo. De lo que conversaron durante ese trayecto Alex no recordaba gran cosa, salvo que cada cierto trecho la muchacha le interrogaba sobre la hora, el día y el lugar convenidos para juntarse e irse a aquella casona abandonada en los bosques de La Reina; "el próximo viernes a las seis de la tarde en la esquina de Antonio Varas con Irarrázaval. . . el próximo viernes a las seis... el próximo viernes. . ." ¡la frasecita sí que se le había quedado grabada, y en el curso de su jaqueca Alex se encontró repitiéndola a media voz incontables veces. Alex también podía recordar a Constanza acompañándolo pacientemente ante la puerta de calle, esperando que él atinara a embocar la llave en la cerradura; tarea que al demostrarse imposible hizo que fuera la muchacha quien finalmente solucionara el asunto liberándolo de la implacable condición evasiva de aquel maldito orificio. Retenía asimismo en su nebulosa la vacilación con que subió las escaleras, la sinuosa movilidad de los peldaños, el pánico interno de que apareciera la abuela como un demoníaco ángel acusador, bramando con voz de trueno

una sarta de condenaciones e inaugurando así el más dramático Apocalipsis hogareño. Por fortuna esto último no había sucedido. Él consiguió llegar a la meta, pudo desvestirse, colocarse el pijama y luego, bueno, luego se inició la tortura de los vómitos, la pesadilla de ese dolor de cabeza en el que de veras parecía anidarse un parto.

Alguien entró al dormitorio y corrió las cortinas. Era Luis.

-Aguántate, aguántate, no las abras de un viaje -suplicó Alex cubriéndose con la almohada.

-Soy del Ejército de Salvación -dijo. Luis-, vamos, hombre, empieza a contar, ya, cuéntame, cuéntame.

-Por favor, déjate, ya. hablaremos después, eh... Luis, sé bueno, tráeme una píldora de algo bueno, de algo fuerte de esas que mamá toma para el dolor de muelas. tú, sabes dónde están, por favor.

-¿No preferirías un par de los supositorios que la abuela se mete cuando le da el cólico?

-¡ Déjate de bromas! Por favor, ya.

-Perfecto, hermanito, allá voy, dos para las muelas.

-Sí, dos, gracias.

A la media hora Alex se sintió mejor. Resolvió que era conveniente levantarse y bajar lo antes posible para afrontar el temporal. Estuvo un largo rato bajo la ducha; el agua caliente terminó con las últimas aflicciones de su apesadumbrada cabeza. Cuando cortó el agua y descorrió la cortina vio que su hermano se encontraba esperándole sentado sobre el cajón de la ropa sucia.

-Parece que algo pasa con los Glicker -dijo Luis, mientras le alcanzaba la toalla. .

-Como que parece. ¿ Qué es lo que sabes?

-No sé en detalle lo que pasa, pero la abuela sí. En un momento en que no se dio cuenta de que yo estaba, detrás de la puerta le comentó a mamá que unos carabineros se habían dejado caer al frente, con una citación o algo así, no pude escuchar mucho más, pero alcancé a oír que doña Elvira está en el asunto.

-Creo saber de qué se trata -dijo Alex. .

-Pues yo también -afirmó Luis-. Es por el arriendo. No pagan.

-Por ahí anda la cosa -concordó Alex-, y puede terminar en algo desagradable, desagradable y grave.

-¡Oh, no! Bastará que cancelen la deuda y todo se olvida, siempre ocurre así en esos juicios.

-¿ Estás seguro?

-Es lo que he oído decir a quienes entienden algo de estas cosas, a compañeros que tienen papás abogados.

-Te pregunto si estás seguro de que los Glicker pagarán -aclaró Alex.

-¿ Por qué no?

-¿Te resulta tan simple?

-Bueno, hombre, ¿por qué no habrían de pagar?

-Eso, es lo que querría saber, Luis.

-Si no pagan se van.

-Y eso parece no importarte.

-No me hago el tonto, Alex, me gusta la Rucia tanto como a ti Constanza, pero fíjate que hasta creo que sería mejor que se cambiaran de casa, inclusive de barrio, así las visitaríamos sin tener cien ojos encima, o por lo menos sin tener los ojos de la abuela sobre nosotros, que es más o menos lo mismo que cien ojos, ¿o no?

Tal vez tengas razón, pero no estoy muy seguro de lo que ocurriría una vez que se fueran.

-¿De lo que pasaría en qué sentido, Alex?

-No lo sé exactamente, es que tengo algo parecido a una intuición que puede, puede ser una mala intuición, prefiero no hablar de esto ahora.

-¡Vaya que te pones misterioso!

-¿ Quiénes están abajo?

-Los de la casa y Janet.

Alex asintió con agrado. Janet facilitaría su aparición, reduciría cualquier reacción que se estuviera formando en contra suya, inclusive la abuela gustaba de Janet y no haría un escándalo con ella presente.

¿No me vas a contar nada de lo de anoche? –Luis se interpuso entre Alex y la puerta del baño.

-No hay nada que contar.

-Sóplame este ojo.

-Te lo digo en serio. Fuimos a "La Châtelaine", y, cómo es que dicen, me tomó el aire, Eso fue todo.

-Apostaría a que hubo algo más.

-Perderías la apuesta, déjame pasar.

Luis se hizo a un lado y Alex salió al pasillo. Bajó las escaleras con naturalidad, se sentía bien; con una curiosa seguridad en sí mismo. Janet, su madre y la abuela estaban en el salón celebrando a Alicia por un bordado que había traído del colegio; se veían tan concentradas que Alex pensó que al menos por el momento, y cada momento diluiría la tensión, no pasaría nada. Por eso se sorprendió doblemente cuando su mamá lo saludó.

-Hola, niño, para otra vez te recomiendo bicarbonato con limón, no te quitará el dolor de cabeza, pero sí te libraré de pasarte la noche visitando el baño, y a los demás nos permitirá dormir sin tanta interrupción. Claro está, hijo -agregó la señora Corsiglia, cambiando ostensiblemente de tono-, que espero que la próxima vez esté muy, pero muy distante.

Alex asintió y se acercó a Janet. La abuela apretó los labios y bajó la vista, lo cual le indicó a Alex que su madre había sostenido con ella un round previo. Gracias a Dios.

-Vine para que me des una manita con esta lata -dijo Janet pasándole a Alex "El Quijote de La Mancha". La vieja de Castellano nos pidió un resumen de los diez primeros capítulos. Por favor, házmelos tú, ayúdame, que a mí me baja un sueño cuando empiezo a leerlo, que de veras pienso que debieran venderlo en las farmacias como somnífero.

XII

EL PRINCIPIO DE LA AVENTURA

Cuando Alex llegó a la esquina de Antonio Varas con Irarrázaval, Constanza se encontraba allí. Hada un frío intenso y la proximidad del invierno empezaba a acortar los días, de manera que era probable que no pasara más de una hora antes de que la oscuridad se dejase caer sobre la ciudad.

Constanza llevaba puesto un impermeable negro, con caperuza, largo y tan holgado que a todas luces pertenecía a la señora Glicker; la delgada contextura de la muchacha acentuaba sobradamente esa convicción. Una enorme maleta sobre la vereda llamó la atención de Alex. El no traía más que un maletín de mano en cuyo interior había hecho caber, sin mayores dificultades, un par de camisas, un pijama, un calzoncillo, un par de calcetines, algunos pañuelos, cuatro panes amasados, cuatro huevos duros con sus respectivos paquetitos de sal, y un termo de café con leche. El rostro de Constanza se ensombreció al observar ese precario maletín de picnic con que su compañero creía, ¿lo creería verdaderamente?, poder lanzarse a la aventura con ella. Pero fuera de ese gesto tan involuntario como fugaz, la muchacha no hizo ni dijo nada más para demostrar su decepción.

-El bus a La Reina pasa cada hora -informó- y ya debe faltar poco para que venga porque yo me vine muy adelantada y no ha pasado ninguno.

Alex advirtió que Constanza tenía los ojos de un tono azul verdoso muy profundo, y le pareció que evitaba que sus miradas se cruzaran. El negro de la caperuza realzaba como nunca la blancura de su tez y exaltaba el azabache de sus rizos de un modo igualmente notable.

-Dime, ¿alguien se dio cuenta en tu casa? -preguntó Constanza.

-Nadie me vio salir.

-Á mí tampoco.

Un silencio largo se extendió pegajosamente entre ellos e hizo que Alex se sintiera incómodo.

-Al principio no será fácil, pero luego no nos daremos ni cuenta y todo cambiará - dijo ella.

-Claro que sí - .

-Si te quieres arrepentir, éste es el momento -indicó Constanza, dirigiéndole a Alex una mirada escrutadora.

-¿Quién se quiere echar para atrás? Yo, no.

-¿Dejaste alguna carta?

-¿ Una carta? --eso no se le había pasado por la mente a Alex-. No, ninguna carta.

-Muy valiente -aprobó Constanza. Yo sí deje una bajo la almohada de mamá.

Alex pensó que su compañera esperaba que él la interrogara sobre el contenido de esa carta, por obvio que fuese, pero a él le molestaba esta conversación; este tema, porque le representó la súbita imagen de su casa, de su gente.

-¡ Ahí viene el bus! -exclamó Constanza.

Subieron. Se abrieron paso entre los pasajeros que virtualmente atestaban el bus hasta la misma pisadera; la voluminosa dimensión de la maleta de Constanza suscitó un par de ácidas pullas. A esa hora la mayoría de los pasajeros eran albañiles que regresaban del centro de la ciudad a sus casas en las poblaciones de las laderas de Peñalolén. Las emanaciones de sus cuerpos sudorosos hicieron que Alex optara por respirar por la boca; de repente se sintió mareado. Lo viciado del aire y la menor oxigenación que obtenía con esta manera de respirar lo tenían al borde del desvanecimiento, aunque pensó, ésas no eran las únicas causas y, seguramente, no eran las principales. No, estaba nervioso, muy nervioso, había que sobreponerse porque si no por ahí vendría el desmayo. Abrir una ventanilla sería un alivio, pero no se atrevió ni a mencionar la idea.

Una vez pasada la Avenida Tobalaba el bus empezó a desocuparse, y cuando inició el ascenso por Príncipe de Gales no quedaron más de dos o tres pasajeros fuera de Alex y Constanza. Ahora no se veían más que parcelas en ambos lados de la vía, con ligeras construcciones de cuidadores muy al fondo de una que otra. Al poco rato el bus llegaba al terminal en lo alto; allí, sólo la cabina de madera de los choferes y un bus detenido rompían la continuidad montañosa y arbolada del entorno. Alex y Constanza descendieron, el muchacho le pasó a su compañera su liviano maletín haciéndose cargo de la maleta pesada. Por unos momentos Alex vaciló sin saber hacía dónde dirigirse, pero Constanza no tardó en tomar la delantera hacia una senda que se insinuaba a la derecha. caminaban en silencio. Prevalecía el aroma de los eucaliptus, la ciudad, se distinguía claramente abajo, a lo lejos, y las luces, las primeras luces, debilitadas por la irradiación postrera del ocaso, empezaban a percibirse en algunos sectores donde era mayor la concentración de edificios. Una brisa húmeda y suavemente tibia, y la presencia de nubes de un plomo negruzco en apariencia

suspendidas a la misma altura de las más altas cumbres al oriente, presagiaban la inminencia de la lluvia. Constanza había tomado por un atajo que les fue introduciendo en un bosque de pinos y eucaliptus. La senda no era más que un caminillo de huellas; no parecía habitar gente por esos alrededores. Sin embargo, en dos ocasiones se cruzaron con individuos de miradas torvas y talantes sombríos. Constanza continuaba llevando la delantera; de repente, al ver Alex su paso decidido y su delgada figura acentuada por la holgura de aquel impermeable, recordó su altiva actitud con el chofer de taxi esa noche de "La Châtelaine", y revivió entonces la misma constatación de la fuerza y la fragilidad que coexistían en ella. Y junto con esa reflexión sintió que en su interior se abría una corriente de ternura por la muchacha; aceleró su paso hasta quedar a su lado. Siguieron juntos cogidos de la mano.

Cada cierto trecho Alex debía cambiar de mano porque la maleta de Constanza se estaba poniendo progresivamente más pesada; durante esas breves detenciones la muchacha lo miraba con dulzura y él bajaba la vista. Sus impulsos por abrazarla se entremezclaban con la inquietud y la incertidumbre que le bullían adentro.

De pronto el bosque empezó a perder densidad, se abrían claros cada vez más amplios y, luego, de un sector casi totalmente desnudo, surgieron dos lomas en cuyo vértice moría la arboleda. No era posible precisar todavía lo que continuaba más allá de esa conjunción, de laderas, porque al fondo sólo se alzaba otro cerro, mayor y más empinado y quien sabe cuánto más distante de lo que una ilusión óptica permitía apreciar. Cuando llegaron al límite del vértice, Constanza señaló a la derecha, abajo. Era una vasta quebrada la que se extendía allí, un cajón parapetado por montículos medianos y por la ladera del cerro mayor que venía a fundirse en ese enorme socavón de manera parcelada y sinuosa. Siguiendo la indicación de Constanza, Alex divisó la casona: una construcción de adobes, con tejas coloniales interrumpidas por una torreta de chimenea que exhibía almenillas semiderruidas, y por un estanque que no era más que un barril aceitero con cañerías a la vista.

Alex pensó que era una desolada estampa la de esa casona emplazada ahí sin un miserable árbol, ni siquiera un espino o una zarzamora, con quien compartir la aridez de sus alrededores. Volvió la mirada hacia la izquierda; en el ángulo más profundo de la quebrada había agua, no podía decirse de otra manera, agua de una vertiente parida entre las rocas, o agua que había llegado a empozarse en un hoyo de los pétreos cimientos de esa zona precordillerana, después de escurrirse por invisibles hendiduras.

-¿Estás admirando el estero? -preguntó Constanza.

Alex asintió.

-¿ Te gusta la casona?

Alex repitió el gesto afirmativo.

-Di algo, no te quedes callado y no más moviendo la cabeza.

-Se ve muy bien desde aquí -replicó Alex.

-¡ Claro que sí! -exclamó la muchacha, echándose a correr hacia el caserón-. ¡ Vamos, vamos, Alex, corre, corre!

Por unos instantes a Alex se le pasó por la mente la idea de echarse a correr en sentido contrario, pero cogiendo la maleta y el maletín que ella había dejado caer se puso en marcha lo más rápido que pudo, sorteando los peñascos que entorpecían su vía hacia ese cascarón pintarrajeado con cal revenida que, poco a poco, pareció venirle encima. Sí, era el mismísimo caserón el que avanzaba, sin un simulacro de verja que lo contuviera, avanzaba, avanzaba.

XIII

EN LA CASONA DE LA REINA

Constanza se había detenido bajo el amplio alero de la casona, frente a la puerta. Cuando Alex llegó allí resoplando con las maletas, no pudo reprimir un gesto acusatorio del escalofrío que le produjo la proximidad de aquel espectáculo de abandono y deterioro. Desde la distancia no había sido posible percibir los detalles. El cascarón, cuyas dimensiones reales se redujeron ahora curiosamente al tenerlo cerca; estaba rodeado por un escuálido pastizal amarillento, y, aquí y allá, emergían de la tierra unas matas tiesas y ralas similares al coirón. También avanzaba, con desgano una especie de enredadera que Alex había visto sólo en las playas, entre las rocas, cuyas guías se habían detenido evidentemente al sentirse repelidas por la cal de los muros. Las ventanas; tenía muchas y algunas a una altura absurda, carecían de vidrios o los conservaban del modo en que quedan después de un apedreo; todas tenían postigos de los que se cierran por dentro. La puerta, antecedida por un par de columnas hechas de tubos de alcantarillado de los que suelen usarse en los parrones, era una vetusta hoja de madera con incrustaciones cuadrangulares y una mirilla enrejada que conservaba un cristal morado, a través del cual no era posible ver absolutamente nada. Las filtraciones de aguas lluvias habían producido profundas grietas en las paredes de manera que éstas mostraban esas heridas abiertas quedando a la vista la tierra y la paja de la argamasa original, y, entre trecho y trecho, el perfil de vigas y soportes carcomidos.

-Miras la casa como si estuviera llena de fantasmas o como si se fuera a caer encima de nosotros de un momento a otro -dijo Constanza.

-Oh, no, es que. . . bueno, hemos llegado, hemos llegado, es lo que queríamos, ¿cierto? -contestó Alex, pensando que el cascarón ése se parecía a la casa descrita en "Los Miserables" tanto como el día a la noche.

-¿Cómo vamos a entrar, Constanza? Se ve todo muy cerrado.

-Eso es fácil, ven, sígueme.

Constanza se dirigió hacia un costado y avanzó hasta llegar frente a un ventanal lateral con la parte superior en forma de arco.

--Bastará un empujón para que se abra -informó Constanza.

-¿ Estuviste hace poco aquí?

-No, hace mucho, mucho tiempo veníamos con mi tío, el papá de Danny, y hacíamos unos asados junto al estero. Mi tío era dueño de una parcela por aquí y, bueno, esta casa estaba también entonces tal como ahora, abandonada.

Constanza se quedó por unos instantes silenciosa, recordando. Su rostro se dulcificó liberándose de algunos matices de tensión que se habían apoderado de él mientras estuvo pendiente de las reacciones de su compañero.

-Era muy bonito eso, todo ese tiempo, éramos muy felices. Papá trabajaba con mi tío, todavía lo hace, pero entonces trabajaba en forma permanente. Sí, todo era muy distinto.

Después de esas palabras Constanza volvió bruscamente al presente. Miró a Alex a los ojos irradiando una dicha contagiosa, una soltura casi festiva, que hizo que Alex se sintiera más solidario, más decididamente cómplice en lo que ya le venía pareciendo una aventura desazonada.

-Entremos -dijo Alex-, entremos a la casa. Constanza se empinó, queriendo ser la primera en la acción, apoyó el vientre contra el alféizar, levantó un pie levitando a medias sobre su punto de apoyo hasta que descansó una rodilla sobre el botaagua, y le pidió a Alex que empujara.

-Fuerte, fuerte, empuja fuerte.

El ventanal cedió y, al segundo, Constanza estaba en el interior.

-Tienes que entrar tú también por la ventana -dijo-, la puerta está trancada.

Saca la tranca, mejor -dijo Alex sonriendo-, así tú me recibes en la puerta como la princesa del palacio.

-Está trancada y clavada, Alex.

Alex repitió la operación y al caer al lado de Constanza aspiró un aire húmedo y añejo.

-Qué oscuro está aquí -dijo.

Constanza avanzó con cierta seguridad y abrió un par de postigos con lo cual Alex apenas alcanzó a apreciar algo, pues ya la tarde moría fuera. Los postigos eran ahora súbitamente azotados por una ventisca que se coló como atraída por una ventosa y que anticipaba un inminente aguacero.

-Mejor cerraré -dijo Constanza.

-Espérate un poco -pidió Alex- hay un olor un poco hediondo, deja que entre otro poquito de aire.

-No seas exagerado, no más es el olor a encierro.

-Claro que sí.

-Prenderemos velas, traje velas, muchas velas, las necesitaremos siempre.

-Buena idea, Constanza.

-¡ Ajá! A ti no se te ocurrió, no me sorprende, los hombres son así, muy poco prácticos.

-Claro que sí.

-Y mira, Alex, también podemos encender la chimenea, hay una chimenea enorme, ¿ la ves? Ahí.

Constanza señalaba hacia un rincón de la sala donde Alex pudo distinguir un ancho y parejo saliente de piedra canteada, que abarcaba de arriba abajo un ángulo esquinado.

-Es una estupenda chimenea -dijo Alex.

En ese momento, al acercarse al boquerón del hogar, una rata de proporciones se escurrió desde el interior del fogón y el siseo de su deslizamiento indicó claramente que huía, desatada, por una escalera hacia los altos.

-Vaya, parece que hay piezas arriba -dijo Alex, quien desde el exterior no había divisado nada que acusara la existencia de un segundo piso.

-No, es sólo el entretecho, hay una boardilla que ocupa todo el espacio del entretecho -explicó Constanza, y agregó-: Dormiremos allí, hay una cama, o algo así como una cama.

Alex se preguntó si no dormiría allí también esa rata veloz con su entera familia, pero optó por no comunicarle a su compañera semejante aprensión.

-Anda a buscar las maletas -dijo Constanza-; yo te las recibiré por la ventana, ya desclavaremos más adelante la puerta, sí, ya tendremos tiempo para todo.

Al rato Constanza abría su maleta y sacaba un paquete con gruesas velas de candelabro.

-¿ Te acuerdas de "La Châtelaine"?

-Por supuesto. .

.-Compré estos velones, igualitos a los que había allí.

-Ya lo veo, y duran más, aquí tengo fósforos.

-Déjame encenderlas a mí, por favor, éste es un momento muy importante, ¿entiendes?

-Sí, Constanza.

Una vez que la muchacha hubo encendido los velones, Alex miró detenidamente a su alrededor. En un lejano pasado esa casa debía de haber poseído un rústico y franciscano encanto. Tenía todo el aspecto de un refugio para cazadores. La sala en que se encontraban era un amplio estar con vigas a la vista y zócalo de madera negra; un mesón hecho con durmientes se hallaba implantado en la cementada con tierra de color, que constituía el duro y helado piso; el color podía ser rojizo más abajo del polvo que lo cubría. Alrededor del mesón, e igualmente fijas en el suelo, se conservaban dos bancas de tablones de andamio. Inmediatos a las paredes había más de media docena de anchos y pesados cortes de troncos de eucaliptus, verdaderas rodajas que sin duda servían también de asientos. Era evidente que el escaso mobiliario que permanecía en esa casa se había salvado de los hurtos gracias a la absoluta imposibilidad de ser removido por medio de la simple fuerza humana. En cuanto a los pocos objetos y utensilios que también sobrevivían en el lugar, un par de ollas agujereadas, una jofaina deformada y una palangana saltada, una bacinica y un par de baldes, resultaba obvio que no habían despertado ni el más mínimo interés posesivo, ni entre el más pelafustán de los probables habitantes de paso.

Alex quiso conocer el resto del lugar. No había mucho más. Hacia la puerta de entrada, dos o tres metros antes de ésta, y a modo de separación de ambientes, se emplazaban unos pilares de mediana altura interrumpidos por un espacio libre. Entre esa especie de pasarela y la puerta, las paredes laterales estaban revestidas por una estantería apropiada para encajar rifles. Siguiendo con su reconocimiento, Alex entró en la cocina, la cual ocupaba casi un tercio del piso; ahí había un artefacto mohoso en el que se combinaban las características de un horno leñero con las de una salamandra; la tapa y la puerta eran de fierro, así como sus marcos estructurales, y su interior de ladrillos refractarios; una llave de agua, bajo la cual alguna vez existió un lavaplatos, salía de la pared y su desasistida soledad resumía un buen tanto el degradado estado de las cosas en aquella casa, Alex echó una rápida mirada al baño, donde otra llave igual a, la de la cocina duplicaba la penosa impresión, mientras un hoyo abierto en la cementada continuaba el curso de la taza ausente. Alex se disponía a emprender el ascenso por la escalera para terminar su inspección en el altillo, cuando Constanza lo detuvo:

-No subas todavía -le pidió con un tono de ostensible ruego-; déjame a mí primero darle un vistazo y arreglar el cuarto, es lo que quiero, por favor, déjame arreglarlo.

Alex estuvo de acuerdo y se la quedó mirando sin hallar qué hacer consigo mismo en ese cascarón donde había tanto que hacer.

-Podrías traer leña para que encendamos la chimenea -dijo Constanza, para sacarlo de su inercia; le preocupó verlo ahí con talante atribulado.

-Leña, ¿dónde hay leña?

-Atrás, pegado a la casa, hay un cuarto de madera, aunque no le ha de quedar mucho de cuarto, porque de ahí se sacan tablas para la chimenea.

Alex salió por la ventana y llegó hasta el desmantelado cobertizo del cual aún sobrevivía el esqueleto. No le fue difícil desprender unas diez o doce tablas y un par de costaneras; las lluvias, los vientos y el sol habían sumado su efecto reblandecedor a la reiterada tarea de las manos destructoras que pirateaban un par de palitos no más que para entrar en calor.

En esos momentos empezó a caer sobre el área precordillerana una lluvia pareja, todavía no muy intensa. Alex se apresuró y, bajo la protección del ancho alero de la casona, regresó hasta el empinado rasgo del ventanal que servía de entrada. Dejó caer las tablas en el interior, y de un impulso estuvo también él de inmediato adentro. Escuchó los pasos de Constanza en el altillo y el ruido sordo de algún improvisado traperero, ya que la existencia de una escoba sería inverosímil, con que ella se afanaba limpiando ese lugar que, ciertamente, no habría de encontrarse menos polvoriento y sucio que el resto del cascarón. Alex colocó algunas tablas en el fogón, acondicionando las costaneras sobre ellas; sería necesario buscar papeles que hicieran las veces de chamiza. Entonces vio venir a Constanza. Bajaba de una manera curiosa y desacompasada producida por la ausencia de varios peldaños, y por un tanteo precautorio que la muchacha aplicaba sobre los existentes. Esta presencia de Constanza con aires de equilibrista hizo que Alex estallara en una larga carcajada. La muchacha no se alteró ante la desmedida hilaridad de su compañero, llegó hasta él como si nada y le alcanzó algo que sacó del bolsillo de su impermeable.

-Aquí están los fósforos -dijo.

-Necesito papel -informó Alex.

Constanza se acercó a su maleta, desenvolvió unos paquetes y paso a Alex los papeles. Al poco, las llamas del fuego de hogar sumaron sus erráticas irradiaciones a la tenue luz del par de velones que ella colocaba, ahora, sobre el mesón.

-Serviré la comida -dijo Constanza.

-Tengo un hambre feroz.

-¿Qué te parece si ponemos un chamanto en el suelo frente a la chimenea y comemos ahí mismo? -sugirió la muchacha.

-¡ Qué buena idea! -exclamó Alex-. Como en un picnic, será como un verdadero picnic.

Con un poco esfuerzo, y para no quebrar la cadencia de esos primeros instantes de la noche, Constanza disimuló el malestar que le significaba eso de tildar de mero picnic a la primerísima cena que compartirían juntos, en el nuevo estado de definitivos compañeros en una aventura también tan definitiva. Pero sus ojos cambiaron de color y Alex lo notó.

-Sólo por esta noche -dijo Constanza- nos serviremos comida fría. Desde mañana cocinaré como debe ser, hay algunos platos que los sé hacer muy bien. ¿Te fijaste que tenemos cocina a leña?

-Sí, claro que sí -contestó Alex, ayudándola a extender el chamanto frente al fuego.

Constanza se acercó otra vez a su maleta para volver con dos paquetes con sandwiches y un termo.

-Yo también traje un termo, ¡chócale! -saltó Alex. Se dieron la mano y luego Alex fue por los huevos duros y la sal.

-Magnífico -dijo ella-; aquí tengo de pernil, sí, eso es, y también de palta, ¿de cuál quieres?

-De los dos, ya te dije, estoy con una hambruna caballa, me comería un buey.

-El pernil es de chancho.

-Por supuesto, qué haría un buey con patas de chancho.

-Se vería como un perro salchicha, sólo que sería un buey salchicha.

Se echaron a reír. Enseguida Constanza se puso de pie y recién entonces se sacó el impermeable dejando a la vista su delgado cuerpo vestido con un traje de terciopelo blanco, de mangas largas y cuello muy ceñido. Se sentó frente a Alex.

-Alex.

-Sí, dime.

-Estoy muy contenta.

-Sí.

-¿Y tú no me dices nada?

-¿Nada de qué? -Alex se ponía nervioso con esas conversaciones a saltitos cortos.

-De si estás contento.

-Claro que sí.

-Si realmente lo estuvieras, lo dirías sin tener que pensarlo y sin esperar a que te lo pidieran.

-¡ Qué tontería! ¿Por qué no habría de estar contento? Ya, vamos, Constanza, come, come, y dime ¿ trajiste un queque o mermeladas o cualquier cosa dulce?

La muchacha movió la cabeza de un lado a otro, dos o tres veces, después bajó la vista.

-Alex. .

-Sí.

-Ya estaba nuevamente Constanza con ese ping-pong de frasecitas cortas.

-Di que esto no es una aventura, di que es algo para siempre.

-No es una aventura, es algo para siempre.

-No pareces muy convencido.

-¡ Constanza, ya!

-¿Sabes? Hagamos un juramento.

-Bien, ya.

-Jura, pues.

-Juro, juro que es para siempre.

-¿ Por quién lo juras?

-¡Basta, Constanza!

-Hay que jurar por lo que más se quiere.

Alex se aproximó a la muchacha y le dijo:

-Lo juro por ti.

XIV

AVENTURA, DESVENTURA

El fuego de hogar crepitaba en el interior. Desde afuera llegaba como en sordina el constante encuentro de la lluvia con las tejas de arcilla de la casona. El resto era un silencio interrumpido de vez en cuando, pero cada vez menos, por las voces de Alex y Constanza que habían adquirido, de modo imperceptible para ellos, una tonalidad progresivamente más baja, más lenta, casi confidencial. A Alex le invadía esa especie de sopor que antecede al sueño, y que se parece a un cansancio sereno; sin embargo, el principio de una rara inquietud convivía con su sosiego. Se habían tendido frente al fogón de la chimenea, los codos sobre el chamanto que los protegía de la dureza y del frío del piso, las cabezas apoyadas en las manos, sobre los pies el impermeable y el abrigo.

-Cuando vivíamos en Valdivia -dijo Constanza- yo me tendía así, encimita del río, y me quedaba durante horas y horas mirando pasar y pasar el agua.

-Yo no conozco el Sur -dijo Alex-, pero sé que es muy bonito, pero también me han dicho que llueve mucho, y, sabes, no me gustaría veranear y mucho menos vivir en un lugar donde lloviera demasiado.

-Uno se acostumbra -opinó Constanza.

-Jamás me acostumbraría a vivir encerrado.

-Eso no, pero sí a salir con lluvia.

-Nosotros veraneamos en Tongoy, que es como una isleta apenas pegada a la playa, el agua es casi tibia, se puede estar ahí cualquier rato sin salir morado.

Constanza extendió un brazo hasta el borde del fogón, y apoyó su cabeza sobre el otro.

-Se están acabando las tablas -dijo.

Esa observación les hizo caer en cuenta del tiempo transcurrido desde que terminaran de comer. Alex había salido una segunda vez a buscar más tablas del cobertizo, de manera que había pasado un tiempo largo.

-¿Qué hora es? -preguntó Constanza-. Yo no tengo reloj.

Alex se miró la muñeca.

-Olvidé traer el mío -dijo-, pero de seguro son pasadas las diez, ¡qué digo! Mucho más.

-En muy poco rato más las tablas se habrán consumido por completo, Alex; debemos ir pensando en subir.

-Espera, espera un poco todavía. .

Después de esas palabras, Alex se inclinó sobre ella y le acarició el cabello siguiendo la ondulación de los cabellos, hasta los hombros y el nacimiento del pecho. Se escuchó, a lo lejos, el prolongado aullido de un perro, después, una sucesión de ladridos como deformados ecos de esa dramática sirena.

-No te rías de mí -dijo Constanza aproximándose lo más posible a Alex-, pero el aullido de los perros me da miedo, no un miedo muy grande, pero me traspasa un escalofrío.

Alex, en respuesta, la abrazó; entonces Constanza le dijo "te quiero", y acercó su rostro al del muchacho hasta que éste ya no pudo seguir mirándola a esos ojos verdiazules, de manera que tampoco supo que ella los había cerrado en el instante preciso en que se rozaron los labios. Alex sintió que esa blanda tibieza perpetraba en su cuerpo el inicio de una ansiedad agresiva, liberaba un impulso voraz, una fuerza creciente, extrañamente desconsiderada y torpe, que le hizo presionar su boca sobre la de Constanza hasta que una humedad que no era suya, le inundó los labios. .

-No tan fuerte, que me vas a sacar sangre -musitó Constanza, ladeando el rostro.

Alex la besó entonces en el cuello, aspiró el tenue olor de su piel y de su cabello, y pensó -¡ qué raro pensamiento!, se dijo, para esos momentos- que aquellas levísimas emanaciones se parecían un poquito, y de veras más que un poquito, al aroma del pan amasado recién nacido del horno. .

Después de sus palabras precautorias, Constanza se había acomodado de espaldas atrayendo a Alex sobre ella. Ese roce todo a lo largo le produjo al muchacho una aguda conciencia de lo que ocurría en su cuerpo, del calor que su sangre le anudaba en el bajo vientre, notoriamente.

-Vamos arriba -dijo Alex.

-Debe estar heladísimo arriba -opinó Constanza, incorporándose. Alex la ayudó a levantarse.

-Me congelaría si me desnudara para ponerme el pijama, Alex.

A Alex no le sorprendió escucharse decir:

-No se congelará nadie.

-Tenemos dos mantas allá y una tapa de vellón realmente sureña que vale por mil frazadas, pero llevemos también el chamanto, no sabemos si caerá una helada del diablo si deja de llover.

Alex dobló el chamanto y juntos caminaron de la mano hacia la escalera; Constanza iba adelante y había cogido al paso uno de los velones, y apagado el otro. Alex la seguía atento a las sorpresas que podían deparar esos peldaños.

-¿ Trajiste un botiquín de primeros auxilios? Si nos venimos guarda abajo...

-No seas tonto, Alex; además todo tiene arreglo y ya que criticas has de saber que a ti te tocará encargarte de este tipo de refacciones, madera hay.

-¡ Madera hay! Otro par de fogatas y adiós cobertizo.

-Hay en el bosque.

-Constanza, parece que leíste "Graciela".

-Cuidado el peldaño que viene es el más flojo, por supuesto que lo leí, toca en Francés, me gustó mucho.

-No lo dudo. .

El cielo del altillo bajaba en dintorno diagonal hasta rematar en la cornisa a una altura escasamente superior a un metro y medio, de tal manera que para aproximarse a las paredes era necesario encorvarse un buen tanto. El lugar era grande, pero los espacios presentaban, aquí y allá, vericuetos y rincones, y cortes salientes de lo que podría haber sido preaberturas para ventanucos que nunca llegaron a hacerse; era un simple entretecho cuyas formas obedecían al arbitrio de las caídas de agua de la techumbre.

Al centro del altillo, entre dos desvencijados cajones que asumían el papel de veladores, Constanza había acondicionado unos sacos en el piso, sobre los cuales extendió ahora un par de blancas sábanas con olor a jabón, las mantas y la tapa de lana de vellón.

-Dejaremos el chamanto como reserva -dijo.

La lluvia se escuchaba arriba como un múltiple y reiterado golpeteo de piedrecillas. Constanza colocó el velón sobre uno de los cajones y se sentó en la improvisada cama, donde empezó a forcejear para sacarse las botas. Alex notó que le llegaban más arriba de las rodillas.

-Ayúdame, ayúdame. -le pidió la muchacha-, no es que tenga las piernas gordas, al contrario, ya lo ves, es que no son más, eran de la Rucia hace años.

Alex cogió los tacos, apretó fuerte y de un par de tirones aflojó las botas; Constanza se fue de espaldas y unió su risa a la del muchacho.

-Gracias -dijo luego, mientras se metía rápidamente a la cama. Alex se sacó entonces los zapatos y se arrebozo junto a la muchacha.

-Apaga la vela -pidió Constanza.

Alex se incorporó a medias y sopló sobre la llama, la que se apagó al punto empezando a despedir su característico olor a cera y chamuscado. A Alex le repelía esa pasosa emanación, pero no dijo nada y sólo se cubrió hasta las narices con la sábana.

Lo único que liberaba al ámbito de la más completa oscuridad era una pequeña ventana sin vidrio que se insinuaba sobre la cornisa en uno de los cortes verticales del cielo, razón por la que no entraba por ella el agua; pero el aire helado sí que se introducía al variable amañío del viento. Alex llegó a pensar que tal vez haría menos frío abajo, no obstante el piso de cemento, que ahí arriba con aquella ventanuca y sus chiflones. Pero el calor de los cuerpos abrazados bajo las gruesas tapas, en particular la de lana de vellón que ya hacía sentir su calidez, ejercía su efecto compensador,

Alex y Constanza empezaron a besarse nuevamente. Las recientes caricias frente a la chimenea y ahora la oscuridad y el lecho compartido, fueron pronunciando una mayor soltura en Alex, un desenfado progresivo. Desapareció ese torbellino de nerviosismo y desproporcionada ansiedad que lo asaltara abajo durante los primeros abrazos. Cuidadosamente se colocó sobre el cuerpo de Constanza, quien lo recibió más que accediendo meramente. Exploró las formas de la muchacha deslizando su mano sobre el vestido de terciopelo hasta entrar en contacto con su piel a la altura de los muslos. Se mecía sobre el frágil cuerpo de Constanza y ella respondía a la sinuosidad de esa cadencia, adecuándose sin tomar iniciativas pero sin eludir el implícito código de ese rito incompleto. Nada les interrumpió, salvo el puntiagudo calzador de la hebilla del cinturón de Alex, que, en dos o tres ocasiones, le hirió a la muchacha fugazmente la cintura. Cuando sobrevino en Alex el desahogo, le llegó como un manto el sueño.

Antes de amanecer Alex se despertó acuciado por una humedad gélida que le empapaba los pies y los pantalones hasta la rodilla. Una gotera continua había venido cayendo durante la noche exactamente sobre el trecho final de la cama. Constanza estaba acurrucada algo más arriba que Alex, de manera que era posible que no la hubiera alcanzado el agua, al menos no tanto como a Alex. El muchacho no se detuvo a averiguarlo; salió apurado de entre las sábanas, se calzó los zapatos sin amarrar los cordones, y en un santiamén ya iba bajando por los impredecibles peldaños. Entró al baño. Había olvidado la inexistencia de taza; se bajó los pantalones y los calzoncillos, y se encucilló sobre la boca del tubo negro sosteniéndose precariamente del caño de la llave

sin lavatorio. Tiritaba de frío y un escozor agudo en un párpado le hizo llevar la mano libre hacia el ojo; la constatación del nacimiento de ese orzuelo en aquel momento, en que también le pareció escuchar la voz de la abuela diciendo "para el orzuelo, colirio", le anudó la garganta casi hasta el límite del llanto. No había ni un miserable papel de diario a la vista. Cuando quiso luego limpiarse la mano, de la maldita llave no salió más que un ruido sordo y sincopado, una carraspera cavernosa, apenas seguida de un único borbotón de agua color chocolate. Nada más. Entonces Alex vomitó.

En esos instantes empezaba a aclarar.

A lo lejos se escucharon unos ladridos y luego también el eco diluido de voces humanas.

-¡Alex, Alex! -gritó Constanza desde arriba.

Alex guardó silencio, atento a los ruidos del exterior. Salió hacia la sala. Se asomó a una ventana y divisó al señor Glicker, dos carabineros y varios perros, descendiendo, todavía muy distantes, por la ladera sobre la poza de agua que Constanza había llamado estero. La muchacha estaba ya también en los bajos. Su cabellera desordenada conservaba sin embargo algunos rizos bien armados, el vestido era una sucesión de arrugas; en su rostro había un gesto de resolución, sus ojos parecían haberse oscurecido como nunca antes y despedían una fuerza vibrante.

-Tenemos que arrancarnos, Alex, tenemos que arrancarnos.

Alex movió la cabeza en direcciones imprecisas, vacilantes, que no dejaban en claro si asentía o negaba.

-¡Te digo que tenemos que arrancarnos! -gritó Constanza.

-Nos. . . nos pillarán -balbuceó el muchacho.

-No nos pillaran , sé por donde irnos ; desapareceremos por la derecha , hay un atajo y una cueva escondida ¿entiendes?, una cueva que sólo yo conozco, y ahí esperaremos hasta que...

-No, pero no te parece que. . .

-¡No me parece nada!

-Es que...

¡Tonto, tonto ¡ Eres un tonto, un cobarde, no te das cuenta de que...

Constanza, es.. . es imposible, puede no resultar, es... sí, es una locura.

-No es eso, no es eso, es una aventura, Alex, gallina, es un sueño, un sueño Nuestro, tonto, tontito, es algo fantástico, tontito -Constanza empezó a retroceder hacia la escalera-, voy por mis botas, ¿ves?, estoy a pata pelada -se le escapó una risa nerviosa-, espérame, ya vengo, no te muevas, ni nos verán siquiera salir.

Cuando Constanza regresó a la sala, la cruzó con paso acelerado. Se asomó al ventanal y vio por un lado a su padre y sus acompañantes cada vez más cercanos, y, por el otro lado, a Alex que corría entre la lluvia, que pese a no ser ya más que una floja llovizna, se cernía como una bruma sobre la figura del muchacho que se alejaba, ladera arriba, en busca de un atajo hacia la ciudad.

XV

REGRESANDO

Los domingos por la mañana la cabeza del tío César era, casi sin excepción, una trifulca. Sus amigotes tenían una marcada tendencia por dejarse caer en su departamento los sábados en la noche, y no abandonaban al anfitrión hasta no verle el fondo a un número indeterminado, pero siempre apreciable, de botellas.

Al amanecer de ese domingo, el tío César hubiera deseado con toda su alma que los golpes en la puerta y esos timbrazos que le taladraban el cerebro no fuesen más una fugaz pesadilla mañanera. Solía tenerlas; después de todo la intoxicación alcohólica también suele adoptar abominables presencias durante las resacas. Pero, no. Los golpes y los timbrazos continuaban, eran pues tan reales como los dolores que le trepanaban el cráneo. Después de achuntarles a las zapatillas, el tío se encaminó hacia la puerta no antes de sacar del refrigerador una cubeta de hielo que sostuvo sobre su cabeza, protegiéndose la mano con un paño de cocina.

La figura de un Alex que parecía un jilguero mojado se recortó en el umbral.

-Adelante, muchacho, pasa, pasa, ¿qué diablos te ha ocurrido a estas horas?

Alex se dejó caer en el sofá, haciéndole el quite a un par de ceniceros colmados y a una bandeja en la que sobrevivían unos trocitos de queso. El tío César, entretanto, se había echado en un sillón y miraba a su sobrino con detención; activó el interruptor de una lámpara de pie, y con la mano libre dirigió la pantalla hacia Alex, enfocándole de lleno.

-Vaya, hombre, si estás empapado, y verde, ¿a ver? -se había acercado y posaba la palma de la mano en la frente de Alex-. Claro, fiebre, tienes mucha fiebre, niño, a ver, ay, qué cabeza la mía, sácate la ropa y ponte uno de mis pijamas de franela y mi bata. Andando, están detrás de la puerta del baño, hay un closet ahí, yo voy por el termómetro, me temo que te estás jugando una pulmonía, eh..., te tiendes aquí, mientras tanto voy a prepararte la cama de la pieza de servicio, ¡ay, muchacho! ¡Qué mal día escogiste!

Alex siguió las indicaciones de su tío y al rato regresó con el pijama y la bata puestos; continuaba sintiendo frío y no dejaba de tiritar. Unos pasos más allá del corto pasillo de distribución, el tío César se afanaba en la pequeña pieza tendiendo las sábanas y las

frazadas lo más rápido que le era posible;

-¡Alex!, pon una tetera al fuego, necesitarás un guatero y una limonada hirviendo y yo un buen café cargado, ¿me escuchas?

-Sí, tío.

-Y qué ocurrió. en tu casa, ¿te reventó la abuela?

-No vengo de la casa, tío. No encuentro limones ni azúcar.

-Hay una caja de lata, eh, quieres decir que no pasaste la noche en la casa, ¿eso es?

-Eso es.

-El café está en la salita-comedor. ¿Y pasaste toda la noche bajo la lluvia? Así pareciera.

-No, pero caminé bastante bajo la lluvia.

-Ya, pues, sobrino, suéltala, ¿dónde diablos estabas metido?

-En La Reina, con Constanza.

-¿ Constanza?

-De la. que le hablé tío, ¿se acuerda? Y usted me aconsejó que le tomara la mano y la besara.

-Ah, ya, pero me da la impresión de que te pasaste de largo mucho más allá de mi consejo.

-No tanto, tío.

-¡No tanto! ¡Ja, ja, ja! ¡Ay, mi cabeza! No me hagas reír, déjate de bromas, Alex, no me hagas reír que se me va a caer la cabeza a pedazos.

-No hay nada divertido, tío, nada.

-Bien, lista tu cama, allá voy.

El tío César tuvo la impresión de que la voz de su sobrino se había quebrado al pronunciar su última frase, pero podía tratarse de una vibración irregular producida por las tercianas febrícolas. En todo caso el tono sonó muy recuperado, normal, cuando el muchacho volvió a hablar.

-Tío, mamá o la abuela pueden venir aquí, sospecharán que si he buscado refugio en alguna parte,. éste es el lugar más probable.

El tío guardó silencio unos instantes, y como Alex no agregara nada a su reciente apreciación, le preguntó:

-Y bien, niño, no puedo impedir que vengan, ¿ verdad? ¿ Qué quieres que haga?

Alex bajó la mirada.

-Tampoco sería correcto que negara que estás aquí. Además este departamento es muy pequeño y tu abuela o tu mamá lo recorrerían como caballos de invierno ante la más mínima sospecha de que yo te estuviera escondiendo.

-Es que yo no quiero regresar todavía, tío; sólo quiero quedarme aquí un par de días. Nada más.

Se escuchó el silbido de la tetera. EL tío se dirigió a la cocina y vertió el agua caliente en las tazas que Alex había preparado, llenó también el guatero y le indicó a su sobrino que se acostara; unos momentos después se sentó a los pies del lecho.

-Pues bien -dijo-, el que madruga, madruga. Iré a tu casa ahora mismo, así me estalle la cabeza, y le diré a tu madre que estás conmigo y, que te quedarás aquí hasta pasado mañana. Al fin y al cabo con la fiebre que tienes tampoco sería sensato sacarte de nuevo al aire y la lluvia, entenderán eso. ¿De acuerdo?

-Oh, sí, sí, de acuerdo, tío.

-Ya, pero esto no es todo, seguramente ha pasado algo, o más de algo, sobre lo que debes informarme para no hacer el pajarón ante nadie, porque no te pasaste la noche contando las gotas de lluvia, ¿verdad? La jovencita esa que estaba contigo, ¿qué fue de ella?

-Eh. . . no lo sé, tío, es probable, sí, que se encuentre en su casa.

-¿ Por qué piensas eso?

-Su papá y unos carabineros nos fueron a buscar. Ella quería que huyéramos y, bueno, no sé si se arrancó sola, no sé. .

-Cómo, ¿no estabas ahí mismo?

-Sí, claro, pero yo resolví volver por mi cuenta, venir acá y, sí, esperar, esperar.

-Te dio miedo.

-No, tío, estoy seguro de que no era miedo, fue peor que eso, mucho peor, porque la abandoné y no sentía miedo, simplemente todo me pareció de repente algo imposible, fue al amanecer cuando. . .

Alex le relató al tío César la secuencia de los acontecimientos desde sus orígenes, desde la proposición en "La Châteline" en adelante, paso a paso, detalle por detalle, palabra por palabra. Recordaba los hechos y los diálogos y sus propios pensamientos de cada momento, y a medida que avanzaba en su relación sentía que ésta se asemejaba progresivamente a una confesión.

-¿Qué edad tienes, sobrino?, ¿doce, trece? Soy un desmemoriado en cuestión de fechas, hasta he olvidado la de mi nacimiento, claro que por otras razones.

-Cumpliré trece el próximo mes.

-Ah, ya, eso explica toda la cosa.

¿ Qué cosa?

-La cosa de que hay una edad en que no se es ni chicha ni limonada.

-No le entiendo, tío.

-Sí que me entiendes, es una linda edad, tal vez, yo ya no me acuerdo, pero escucha, hijo, en esto no me equivoco: si hubieras tenido un año menos habrías seguido a la jovencita hasta el fin del mundo, lugar que por cierto no habría estado muy lejos, y si hubieras tenido un año más, pues la historia sería otra, muy otra, créeme. De manera que podemos estar tranquilos porque aquí, no ha pasado nada.

-En algo se equivoca, tío.

-Es posible, ya, arrópate bien, que yo vaya prepararme para salir, tendremos tiempo más adelante para conversar largo, ruega por mí, mira que no voy armado y lo más seguro es que me tope con tu abuela.

XVI

DONDE ESTAS, CONSTANZA. . .

Alex regresó a su casa alrededor de las doce de ese día martes.

El cielo estaba despejado, había llovido durante la noche y, ahora, la luminosidad del sol, propia del otoño y de principios de invierno, entraba en contraste con la tierra que adquiría tonalidades de marrón acentuadas por la humedad. Eran pocos los árboles que todavía conservaban sus hojas y, entonces, los rayos solares se expandían sin obstáculos, sin frondosos follajes que prohicieran espacios de sombra; también aquí y allá las pozas de agua colaboraban con sus reflejos a esa impresión de claridad desnuda y purificada.

Alex se bajó del bus Catedral - Manuel Montt y se encaminó por la calle Sucre, con paso lento. Una reflexión que ya le era un certeza le ocupaba la mente: las cosas que no llegan a pasar pueden ser tan importantes como las que sí acontecen. En eso se había equivocado el tío César. El había abandonado a Constanza en un momento crucial, pero no interesaba tanto la instancia en que se había producido su defección. No le conmovían ni afectaban realmente esas circunstancias que, claro está, agudizaban en la forma su traición; lo que de veras y profundamente le alteraba el ánimo a Alex era lo que nutría su actitud, o su inercia, la constatación en su interior de una falta de fe, su súbita ineptitud para perderse y fundirse con Constanza en el tejido de su fantasía, de su sueño, de su aventura, y, esto no era menos grave, la coetánea comprobación de que algo que era todo un mundo podía estar cerrándose para siempre. Entonces, el sabor de un desconocido remordimiento y de una curiosa suerte de anticipada nostalgia tomaba cuerpo en su intimidad.

Es posible, muy posible, casi seguro, se decía, que nada vuelva a ser otra vez como antes. Antes, ahora, siempre; esas palabras emergían de repente con una desnudez de recién nacidas, y, tras ellas, la imagen de Constanza se alejaba sumiéndose en una bruma. Tengo que hablar con ella, se dijo, tengo que explicarle que estoy con ella, no, lo que debo decirle es que la quiero, que sí la quiero, no importa el fracaso de la aventura porque, eso es, no fue más, no es más que un comienzo, y ¿quién ha dicho que todos los comienzos tienen que ser necesariamente felices? Lo que vale es el final, la meta, y uno puede y debe proyectar, ¿proyectar?, la figura de Constanza se internaba aun más en la bruma, proyectar, ¡qué palabra!, si hasta era propia del cura Delay, y, peor todavía, de la abuela, ¡qué desastre!, ¡qué vergüenza! Pero es que él trataba de ser honesto, verdadero, de no mentirse ni mentirle a ella, ¿cómo es que Constanza no se había dado cuenta? ¿Quién se creía que era? ¿Tom Sawyer y Huckleberry Finn? ¿O esa protagonista del libro que también él estaba traduciendo en clases de Francés, Graciela? ¿O Heidi de vuelta a las montañas? ¿O Caperucita Roja instalada para siempre en el bosque? ¿O la Jane de Tarzán? ¿O la novia que le faltó al Meaulnes? ¿O la mismísima Eva reventándole a manzanazos el cráneo a la serpiente, para que nadie le arrebatara su Paraíso? ¡Ay, Constanza!

Alex estaba ya muy cerca de su casa, cruzó la Plaza Sucre y al entrar por su vereda supo que no podría dejar de mirar al frente. Lo que vio le anudó el pecho. Las ventanas, todas las ventanas de la casa de las Glicker, se encontraban cerradas. Trató de aligerar su intuición, de evadirse de la terrible sospecha dándole vueltas y vueltas a la idea de que era muy posible que el papá de Constanza hubiese descargado su rabia imponiendo que, por lo menos por unos días, se cerrarían las ventanas que daban a la casa donde habitaba el mozalbete que había raptado a su hija. La cosa sonaba razonable. No. Sonaba a disparate.

Cuando Alex entró a su casa no se sorprendió tanto al ver a su madre en el salón. La señora Corsiglia acostumbraba almorzar en la oficina, pero era fácilmente presumible que por el tío César estuviese informada del momento en que su hijo regresaría, y no había deseado que ese hecho se produjera sin que su presencia impidiera, o al menos amortiguara, alguna destemplada intervención de la abuela.

-Qué bueno que llegaste, hijo -le dijo, alzando el rostro para que él la besara-. ¿No vendrías demasiado pronto?, ¿Estás seguro de que se te pasó totalmente la fiebre?

-Sí, gracias, mamá, me siento muy bien.

-Magnífico, nada de recaídas entonces.

La señora Corsiglia se contentó al comprobar que Alex no demostraba ni una brizna de embarazo. Eso era muy bueno, pensó, porque indicaba que la entera situación había sido superada, y que no sería necesario referirse a ella sino más adelante cuando no quedara del asunto más que el recuerdo.

Alex se dirigía ahora hacia los altos. En el rellano se topó con la abuela; la mirada de la anciana se cruzó con la del muchacho, fugazmente, pero ese instante bastó para que captara el raro aplomo con que venía de regreso su nieto, y pusiera atajo a la retahíla que había rumiado en las horas precedentes.

-¿Cómo estás, niño?

-fue todo lo que le dijo.

-Muy bien, gracias, abuela -contestó Alex.

Luis le llamó desde su habitación.

Su hermano mayor se encontraba echado en la cama. 'Sobre el velador había un cenicero repleto de colillas. En cuanto vio entrar a Alex se puso de pie y lo abrazó. Alex pensó que ahora Luis se dispondría a someterlo a un tedioso interrogatorio, como aquella vez después de su borrachera en "La Châtelaine", porque sacaba un cigarrillo, le ofrecía uno y tomaba asiento tranquilamente en la cama. Alex se apoyó en el ropero y aspiró el humo del Jockey Club. Esperó que su hermano partiera con la entrevista. Pero Luis no le preguntó nada.

-Se fueron ayer -dijo-. Vinieron los carabineros, después apareció una carretela, y se fueron.

-¿No sabes a dónde se mudaron?

-La Rucia no me anticipó nada, ni se despidió de mí. Yo estaba en el colegio cuando partieron.

-Alguien debe saber algo, la Pupa. . .

-Nadie sabe riada, lo primero que, le hice fue hablar con cada uno de los que podían tener un dato.

-Tú te hiciste amigo de ese fotógrafo, el primo, el Danny, él tiene que estar al tanto, era como de la casa,

-No era mi amigo, Alex, era mi competidor. No sirve, y si, sirviera tampoco tengo idea dónde ubicarlo.

-Tal vez la señora Elvira sepa.

-Ella vuelve hoy o mañana, se lo oí decir a la abuela, pero mira, Alex, los Glicker no pagaron un céntimo de arriendo después del primer mes. Los lanzaron.. Se mudaron y se fondearon para siempre. Si alguien los encuentra tendrían que pagar como sea, o ir presos, qué sé yo, nadie los ubicará. Nadie. El señor Glicker sabía lo que estaba haciendo y cómo salir del embrollo, es decir, sabía que tenía que esfumarse, es lo que hicieron, ni más, ni menos.

-Si lo del arriendo es toda la cosa, ellas podrían ponerse secretamente en contacto con nosotros -dijo Alex-. La Rucia trataría de verte, si lo de ustedes... quiero decir, si gusta de ti, si te quiere querrá verte y lo hará de algún modo.

Cuando Alex terminó de decir eso, supo que lo pensaba más para sí mismo que para su hermano. Luis había bajado la cabeza y la movía de un lado a otro.

-Yo estaba... estoy agarrado de ella, recontra agarrado, pero ella no hará nada de lo que dices. La única esperanza entonces es que Constanza te busque a ti.

Alex miró a Luis fijamente a los ojos:

-Estamos sonados, hermano, totalmente sonados, sonados sin remedio, te lo digo.

-No es necesario que me cuentes nada ahora.

-Gracias -dijo Alex.

Aquel fue un almuerzo de comensales silenciosos. La, señora Corsiglia hablo lo estrictamente indispensable para que la cosa no pareciera de frentón un velorio. La abuela supo comprender que ahí se cortaba el aire. Alicia miraba a Alex y a Luis sintiéndose tan triste como grande, grande por ese lazo invisible que la unía a sus hermanos.

A los postres alguien silbó en la puerta de calle.

-Debe ser Jaime Pino -dijo la señora Corsiglia-; ayer por la tarde vino a verte y le conté todo.

Cuando dijo *todo* la señora Corsiglia hizo un gesto volátil con la mano, como quien menciona a la tangente un asunto sin importancia.

-Quedó de venir hoy -agregó-, ya que le dije que muy probablemente estarías, aquí. .

-Se veía sinceramente preocupado -informó Luis.

"Y muerto de curiosidad" pensó Alex; poniéndose de pie.

En ese mismo momento la abuela, que regresaba de la cocina, miró por la ventana del comedor.

-¡ Qué felicidad! -exclamó-. Ahí viene llegando la Elvirita, pobrecita, al fin otra vez en su casa que nunca debió haber abandonado.

Alex también vio al camión de mudanza en que, efectivamente, llegaba doña Elvira.

-Sean buenos niños -dijo la abuela- y ayuden a la Elvirita a bajar algunos de sus paquetitos, de seguro ella no permitirá que los peonetas le toquen sus cristales y otras cositas de valor.

Alex se acercó a Luis y en voz baja le dijo:

-No podría soportarlo. Prefiero irme de inmediato al colegio con Jaime.

La señora Corsiglia alcanzó a escuchar lo del colegio.

-¿Valdrá la pena, hijo? ¿No arriesgarás una recaída? Me contó César que tuviste fiebre altísima.

-Me siento muy bien, mamá.

- "¿Qué me dicen, niños?,-preguntó la abuela, pero ya no quedaba ninguno en el comedor.

Alex fue por su abrigo, su bolsón y un paraguas , y al punto se reunió con su amigo en

la puerta de calle. Jaime observaba lo que ocurría al frente.

-Mala pata, mala pata -dijo-; ahí llega la vieja que vivía antes, malazo el cambio.

Sin mirar hacia la casa de las Glicker, Alex empezó a caminar.

-Vamos, Jaime, vamos. '

-Bueno, campeón.-le contestó Jaime, tratando de escudriñar en el rostro de su amigo cualquier matiz anticipatorio de toda aquella gran historia que tendría para contar, y ¡vaya sí no sería una doña historia! Si la entera familia ésa había tenido que borrarse del mapa, ¡qué es lo que no habría hecho este Alex durante la arrancadita que se pegó con la chiquilla! Pero Alex seguía en silencio. Se da importancia, pensó Jaime, se hace esperar el muy cachetón. Al poco ya no aguantó más:

-Estás en la cresta de la ola -le dijo.

-¿ Qué?

-No se habla más que de ti en el barrio y también, esta mañana, en el curso, la media famita que te agarraste. Hasta mi prima Graciela dice que te has convertido en un jovencito de película. Ya, lárgamela toda, todita la historia.

-No hay nada que contar, Jaime.

-No seas así, ya, suéltala.

-Es verdad, Jaime, no hay nada.

-No seas poco hombre conmigo, yo he sido tu confidente, vamos hombre, pero ¿qué pasa, qué te pasa Alex?

-Es un romadizo, me pesqué un romadizo de este porte.

-Eso no parece romadizo, parece sinusitis, Alex, qué pasa, bueno, ya, no importa, me lo contarás todo después, cuando quieras.

Siguieron caminando hacia el colegio. En una esquina un organillero apuntaló su cojo instrumento sobre la vereda y contra un muro. Al girar la manivela se escuchó una canción plañidera, como todas las canciones de organillero. Alex se detuvo.

-Espérate -le dijo a Jaime.

-Sigamos no más, si se escucha igual.

-No, es que quiero verme la suerte.

-¿Te pusiste tonto?

Cuando terminó la canción, Alex le pidió al hombre un papelito de la suerte. El loro se demoró un tanto, pero luego picó en el cajoncito y sacó un dobladillo color naranja. Alex leyó el texto y sonrió.

-A ver, ¿qué dice? -quiso saber Jaime.

Alex hizo una bolita con el papelito y lú arrojó lejos. Continuaba sonriendo; Jaime se sorprendió del cambio tan repentino que experimentaba su amigo, minutos antes tan tenso y abrumado.

-Definitivamente te pusiste tonto, ¿me vas a decir que crees en esas leseras, como para ponerte tan misterioso? Son puras fantasías, tontas fantasías.

Alex pensó que Jaime tenía razón. Y que no la tenía, porque él sentía adentro una curiosa sensación bienhe chora.

Continuaron caminando hacia el colegio.

EL AUTOR Y SU OBRA

José Luis Rosasco nació en Santiago, de Chile en 1935. Estudió en el Saint George's College, en el L. M. L. Amunátegui. Escuela de Derecho de la Universidad de Chile y en el Management Institute de la Universidad de Nueva York. NYU. Paralelamente a su trabajo creativo se desempeña como columnista, comentarista y crítico literario en diversos medios de prensa y televisión. Ha publicado los libros de cuentos: *Mirar también a los ojos* (1972. Premio Municipal de Santiago. *Ese verano y otros ayer* (1974), *Hoy día es mañana* (1980. Premio Municipal de Santiago), *Historias de amor y adolescencia* (1990), la narración *El Intercesor* (1976) las novelas: *Dónde estás, Constanza..* 1980. Premio Andrés Bello y Municipal de Santiago), *Tiempo para crecer* (1982). *El Metrogoldin* (1984). *Francisca, yo te amo* (1988. *Sandra y la que viña del mar* (1994) y las crónicas: *Travesuras antifeministas y otras pilatunadas* (1983), *Chile, en palabras e imágenes* (1987), *La vuelta al mundo* (1987), y *Pascua, la isla más isla del mundo* (1988).

Obras de Rosasco figuran en diversas antologías nacionales y extranjeras y han sido traducidas al inglés:

A través de algunos de los comentarios sobre las novelas y cuentos que ha publicado, podemos conocer algo más las obras de José Luis Rosasco. Así, cuando en 1972 publicó un volumen de cuentos titulado *Mirar también a los ojos*, Virginia Vidal se refirió a este conjunto de relatos destacando las "inagotables reservas de ternura y humor" que poseía el autor "para crear sus cuentos". Y continuaba: "Un lenguaje fluido, el dominio de la técnica del cuento, la nítida creación de determinados tipos convierten a este joven escritor en un nuevo valor de nuestras letras".

Años más tarde, el escritor Carlos Ruiz-Tagle comentó otro de los libros de cuentos de Rosasco, *Hoy día es mañana*, deteniéndose especialmente en uno de ellos, *La Fotografía*, y en su protagonista un "adolescente sensible que ha inventado Rosasco, y que perdurará en el tiempo como sólo lo consiguen los personajes de los cuentos escritos hoy día, para mañana y para siempre".

En 1980 José Luis Rosasco obtuvo el Premio de Novela Andrés Bello con su obra *Dónde estás, Constanza...*, con innumerables ediciones. Refiriéndose a esta novela, Guillermo Blanco escribió: "De principio a fin, un toque de misterio rodea a Constanza. Se la descubre como desde lejos en sus primeras apariciones. Después que se la oye hablar, se la mira actuar, pero algo queda en la penumbra. Para Alex y para el lector. Y ese algo, que pica la curiosidad, confiere al libro un aire que bordea sutilmente lo mágico".

Por su parte, Jaime Quezada opinaba, también respecto a Constanza: "La novela de Rosasco reconstituye una época: muchachos que admiran a una Ingrid Bergman, a una Jane Russell, a una Maureen O'Hara. Muchachos que fuman los desagradables cigarrillos Jockey Club en las horas de las clases de gimnasia. Muchachos que se peinan con gomina Vanka para lucir mejor en sus fiestas de fin de semana. Pero no sólo estos elementos exteriores importan en esta breve obra. También, y de manera principal, las situaciones de relaciones familiares y de cómo el amor hace crecer interiormente a los adolescentes personajes".

También el crítico Ignacio Valente comentó esta novela:

"Alex -escribe- se ve arrastrado por el torbellino casi mitológico de Constanza, en una aventura tan libresca como verosímil, y adolescente hasta un grado arquetípico. La trama es llevada con hábil conducción hasta el desenlace, que combina, con una mezcla de buena ley, lo trágico y lo cómico, lo tierno y lo humorístico, lo patético y lo trivial".

Y en 1982, Floridor Pérez escribía sobre una nueva novela de José Luis Rosasco: "*Tiempo para crecer* -decía- constituye una culminación previsible en la evolución de este autor. La novela de la vida estudiantil, donde sueños, conflicto, amores, proyectos individuales se funden en las aulas de un colegio tradicional santiaguino conformando una visión generacional del 'advenimiento del despertar' en personajes llenos de vitalidad, de verdad humana" Y el comentarista finalizaba su análisis resumiendo: "Novela del humor y la ternura, de la amistad y el riesgo, del sueño y la pesadilla *Tiempo para crecer* extiende certificado de madurez a uno de nuestros más interesantes narradores actuales".

El Metrogoldin, aparecida en 1984, fue destacada por Manuel Peña, como una obra que "cumple con los requisitos que debe tener una buena novela para jóvenes: entretener a la juventud y también a los adultos. Y esto ocurre -continuaba Peña- porque Rosasco sabe entregar a través de unas páginas amenísimas, mucha diversión, un optimismo a toda prueba, una corriente sentimental, un humor cómplice y, sobre todo, algo muy necesario en esta época: mucha ternura"

Durante algunos años, José Luis Rosasco se dedicó a las crónicas hasta que en 1988 publicó una nueva novela: *Francisca, yo te amo*. Y el crítico Luis Vargas Saavedra celebró este regreso: Rosasco, dice, "ha vuelto a escribir una historia de amor. Parece ser su mejor veta, el eje de su fuerza. (...) Narra adecuándose a la edad y a la madurez del muchacho, que se nos confiesa en primera persona. Nada de recurrir al fetichismo de los símbolos como garantía de excelencia. Muy concreto lo suyo: Quintero, con todos sus recovecos, sugeridos más que agotados en descripciones que fastidiarían como una crueldad del detalle. (...) Dos jóvenes amigos buscan amigas. Lo portentoso es que Rosasco no haya caído en la distorsión del amor, animalizado o, peor que eso, satanizado en mero sexo, en sólo sexo. Es decir, sus personajes no han perdido la atmósfera transparente del amor como entrega de un ser a otro".

Sandra y la que vino del mar, publicada a fines de 1993, es su obra más reciente, "una novela de gran fantasía, de pura fantasía", escribe Hugo Montes, y destaca su buen estilo para concluir que con este libro "José Luis Rosasco se ha empujado sobre sí mismo.

(...) Reaparece el autor de *Donde estás, Constanza...* sólo que más maduro, más severo, no menos entretenido. Y con la hondura exigible a cualquier escritor de verdad"

"Una novela breve –señala Eduardo Guerrero-, sin mayores complejidades narrativas, llena de recuerdos y evocaciones, con un sutil juego entre lo real y lo fantástico, en lo cual Rosasco utiliza un sencillo pero a la vez lírico lenguaje."

Más allá de los temas que aborda José Luis Rosasco, todas sus narraciones tienen un carácter nostálgico, evocador y poético: son cuentos para jóvenes y también para adultos; son relatos alegres y melancólicos. En sus obras utiliza -como dice Manuel Peña- "sus preferidos motivos recurrentes: la nostalgia de una época juvenil desaparecida, la obsesión por recuperar ese tiempo perdido..."

**DONDE ESTAS, CONSTANZA... Y LA
CRITICA ESPECIALIZADA**

“Rosasco ha escrito una novela romántica original, nueva, pero no intrincada, muy simple, en la que ha logrado presentar un cuadro exacto de la psicología juvenil de un barrio de Santiago”.

Fidel Araneda B. Las Ultimas Noticias

,"Dentro de la simplicidad de lo que narra, se guarda, hábilmente, una secreta sobrecarga de poesía y de aquello que no circula en la moneda áspera todos los días."

Andrés Sabella. El Mercurio de Antofagasta.

"Alex se ve arrastrado por el torbellino casi mitológico de Constanza, en una aventura tan libresca como verosímil, y adolescente hasta un grado arquetípico. La trama es llevada con hábil conducción hasta el desenlace, que combina, con una mezcla de buena ley, lo trágico y lo cómico, lo tierno y lo humorístico, lo patético y lo trivial".

Ignacio Valente. El Mercurio de Santiago.

"La novela es excelente, amena, juvenil, sana."

Enrique Lafourcade, El Mercurio de Santiago.

"Estaba haciendo falta la novela para enriquecer y renovar la narrativa chilena. José Luis Rosasco lo ha conseguido."

Tito Castillo, La Discusión de Chillán.

“José Luis Rosasco emplea un lenguaje hablado, sin complicaciones, sigue los pasos de los adultos y de los jóvenes como si fuera el cronista que no deja pasar un gesto, ni un pensamiento dicho o insinuado”.

Vicente Mengod. Las Ultimas Noticias.

"De principio a fin, un toque de misterio rodea a Constanza. Se la descubre como desde lejos en sus primeras apariciones. Después, se la oye hablar, se la mira actuar, pero algo queda en la penumbra. Para Alex y para el lector. Y ese algo, que pica la curiosidad, confiere al libro un aire que bordea sutilmente lo mágico".

Guillermo Blanco. Revista Hoy.

"Yo me atrevo a creer que José Luis Rosasco practicó en esto un arriesgado arte: el de la evocación con un mínimo de anécdota, el de expresar la nostalgia y el humor entre melancólico e inquieto de la adolescencia."

Hernán Poblete V., La Tercera.

"Advertimos un optimismo, una vitalidad en 'Dónde estás, Constanza...', que aparta al autor, de una manera tajante, del decadentismo de generaciones anteriores, Rosasco, que a veces recuerda a Dylan Thomas, trae consigo un aire nuevo a nuestra literatura, una pintura blanca, de agua refrescante. Es su forma de transfigurado todo. Y eso es un artista: un transfigurador. Especialmente un transfigurador de la vida cotidiana."

Carlos Ruiz Tagle, Revista Qué Pasa,

INTERACTUEMOS CON

DONDE ESTAS, CONSTANZA...

Dónde estás, Constanza... fue la primera novela escrita por José Luis Rosasco. El escenario de la historia es el propio Santiago, pero representado con las características que tenía en el primer cuarto de este siglo. Los personajes, sin embargo, no parecieran diferenciarse demasiado de los que podríamos encontrar hoy día. El tema desarrolla un breve lapsus en la vida de dos familias, los Glicker y los Corsiglia, centrándose preferentemente en la fugaz e intensa relación entre Alex y Constanza. Los muchachos vivencian su primer gran amor, circunstancia que los demás parecen no percibir. Es una novela realista, cargada de ironía; y con este enfoque, el autor representa aquel mundo adolescente y describe con mucho detalle las costumbres capitalinas en el barrio de Ñuñoa, con las características que tenía en la década del 40.

EJERCICIOS

1-Comprensión de lectura.

1) Completación de oraciones:

- a. La señora Elvira arrendó su casa porque _____
- b. Alex cumplió uno de los sueños de Constanza invitándola a cenar a _____
- c. Alex y Constanza huyeron a _____
- d. Los viernes por la tarde muchos jóvenes preferían ir al _____ en lugar de asistir al colegio. Ese día era especial porque _____
- e. Isle fue el primer gran amor del _____
- f. La Pupa dejó los estudios porque _____

2) Verdadero o Falso. Escribe una V frente a las afirmaciones que estimes correctas y una F frente a las falsas. Reescribe estas últimas de manera que resulten verdaderas:

a. _____ La familia Glicker llamó mucho la atención cuando llegó al barrio, debido a que venía en un coche muy elegante.

b. _____ El Rialto era un restaurante muy popular en el barrio de Ñuñoa. Los jóvenes acostumbraban ir ahí después del colegio o los fines de semana.

c. _____ La Rucia era novia de Jaime Pino.

d. _____ Jaime Pino era el mejor amigo de Alex.

e. _____ Alex propuso a Constanza que huyeran juntos porque estaba aburrido de los sermones de su abuela.

f. _____ El tío César era como un segundo padre para Luis, Alex y Alicia: los apoyaba, aconsejaba y orientaba.

g. _____ La abuela Corsiglia era muy estricta y anticuada, y normalmente estaba en desacuerdo con los métodos de enseñanza de su hija

h. _____ La señora Corsiglia no se habla vuelto a casar después de la muerte de su marido.

3) Responde en forma completa:

a. ¿Cuántos hijos tenían los Glicker? ¿Y los Corsiglia? ¿Cuáles eran sus respectivos nombres?

b. ¿Qué reputación tenían los alemanes en Santiago en el tiempo que se ambienta esta historia?

c. ¿En qué sentido esta reputación favorecía a los Glicker?

d. ¿Por qué había un cerro de arena en el patio de la casa que arrendaron los Glicker?

e. ¿Qué cosas llevaba Constanza en la maleta con que huyó de su casa? ¿Para qué le sirvieron estas cosas?

f. ¿Qué leyó Constanza, a Alex en el restaurante? ¿Por qué el trozo que leyó era importante para ella?

g. ¿Por qué razón Alex no se quedó con Constanza cuando vio que el padre de ésta los venía a buscar a la casa abandonada?

h. ¿Por qué los Glicker dejaron tan pronto la casa de la señora Elvira?

II *Vocabulario*

1) Luego de buscar el significado de estas palabras, completa las siguientes oraciones con el término que corresponda a cada una:

esmirriado

parapetaban

zócalo

chamiza

emboquillado

acuciado

atrabilarios

gélida

adustez

famélico

- a. Antes del amanecer, Alex despertó _____ por una humedad _____ que le empapaba los pies y los pantalones hasta las rodillas.

- b. Al contrario, reaccionó con _____y acrecentó a conciencia las características resistidas.

- c. Sería necesario buscar papeles que hicieran las veces de_____

- d. ...a pesar de ser un par de sujetos muy_____

- e. La sala en que se encontraban era un amplio estar con vigas a la vista y_____de madera negra.

- f. No obstante los albañiles habían_____bien los ladrillos y emparejado con pericia la mezcla entre uno y otro.

- g. No había que hacer mucho esfuerzo para frenar un par de caballos tan_____ como el amo.

2) Escribe la letra que corresponde a cada palabra en la columna A, frente a su significado o definición en la columna B; luego inventa una oración con cada palabra:

A	B
a. acidular	__adular
b. soterrado	__escondido
c. animadversión	__enemistad, crítica severa
d. invectiva	__hacer más ácido, acidificar
	__discurso violento contra
	__ algo o alguien

III. Ejercicios de desarrollo

1) Escribe la trama de *Dónde estás, Constanza...*

2) Entre los motivos de esta novela están:

- el primer amor
- la huida
- la decepción
- el descontento con la realidad.

Escoge dos de estos motivos y desarróllalos apoyándote en episodios específicos de la obra. Si es necesario, puedes transcribir breves citas que resulten ejemplificadoras.

3) El mismo narrador describe a Constanza como una muchacha multifacética, con grandes contradicciones, tanto en su físico como en su personalidad. Elabora un perfil de este personaje, atendiendo a estas características contradictorias. Puedes citar trozos del texto que sirvan de apoyo a tu descripción.

RESPUESTAS

- 1) a. necesitaba dinero para hacer las terminaciones en la construcción de la misma.
b. "La Châtelaine"
c. una casa abandonada en La Reina alta
d. Rialto / pasaban cinco películas en forma continuada.
e. tío César.
f. ya no soportó las burlas y desprecios que sus compañeras le hacían a causa de su prematuro desarrollo físico

- 2) a. F c. F e. F g. V
b. F d. V f. V h. V

II.

- 1) a. acuciado / gélida e. zócalo
b. adustez f. emboquillado.
c. chamiza g. famélicos
d. atrabiliarios
- 2) no tiene, queda vacío el espacio
- b.
c.
a.
d.

INDICE

I. Llegan a la casa de enfrente	5
II. Hay un Glicker que no es Glicker.....	9
III. En el Rialto.....	14
IV. Antes del camino.....	18
V. Dos conversaciones.....	23
VI. En la fiesta.....	30
VII. La señora Corsiglia reflexiona.....	39
VIII. Una historia.....	42
IX. Antes de "La Châtelaine"	49
X. En "La Châtelaine".....	53
XI. Alrededor de una jaqueca.....	60
XII. El principio de la aventura.....	64
XIII. En la casona de La Reina.....	68
XIV. Aventura, desventura.....	75
XV. Regresando.....	81
XVI. Dónde estás, Constanza.....	85
El autor y su obra.....	91
Dónde estás, Constanza... y la crítica especializada.....	94
Interactuemos con "Dónde estás, Constanza.....	96